

AUTORA BESTSELLER DEL USA TODAY Y GANADORA DEL PREMIO SILVER FALCHION

PAMELA FAGAN HUTCHINS



ADIÓS, ANNALISE

Pamela Fagan Hutchins

Adiós, Annalise

«Tektime S.r.l.s.»

Hutchins P.

Adiós, Annalise / P. Hutchins — «Tektime S.r.l.s.»,

© Hutchins P.
© Tektime S.r.l.s.

Содержание

ÍNDICE	6
EBOOKS GRATUITOS DE PFH	8
TAINO, SAN MARCOS, USVI	9
TAINO, SAN MARCOS, USVI	13
TAINO, SAN MARCOS, USVI	14
TAINO, SAN MARCOS, USVI	17
FINCA ANNALISE, SAN MARCOS, USVI	22
FINCA ANNALISE, SAN MARCOS, USVI	25
FINCA ANNALISE, SAN MARCOS, USVI	27
NORTHSHORE, SAN MARCOS, USVI	30
NORTHSHORE, SAN MARCOS, USVI	33
NORTHSHORE, SAN MARCOS, USVI	36
NORTHSHORE, SAN MARCOS, USVI	40
Конец ознакомительного фрагмента.	45

ADIÓS, ANNALISE

ÍNDICE

Ebooks gratuitos de PFH

1. [Taino, San Marcos, USVI](#)
2. [Taino, San Marcos, USVI](#)
3. [Taino, San Marcos, USVI](#)
4. [Taino, San Marcos, USVI](#)
5. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
6. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
7. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
8. [Northshore, San Marcos, USVI](#)
9. [Northshore, San Marcos, USVI](#)
10. [Northshore, San Marcos, USVI](#)
11. [Northshore, San Marcos, USVI](#)
12. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
13. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
14. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
15. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
16. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
17. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
18. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
19. [Aeropuerto Internacional de San Marcos, San Marcos, USVI](#)
20. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
21. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
22. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
23. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
24. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
25. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
26. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
27. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
28. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
29. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
30. [Puerto marítimo, Taino, San Marcos, USVI](#)
31. [Port Aransas, Texas](#)
32. [Corpus Christi, Texas](#)
33. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
34. [Taino, San Marcos, USVI](#)
35. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
36. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
37. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
38. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
39. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
40. [Finca Annalise, San Marcos, USVI](#)
41. [Aeropuerto Internacional de San Marcos, San Marcos, USVI](#)
42. [Corpus Christi, Texas](#)
43. [Corpus Christi, Texas](#)
44. [Corpus Christi, Texas](#)
45. [Corpus Christi, Texas](#)

46. [Corpus Christi, Texas](#)

47. [Port Aransas, Texas](#)

48. [Port Aransas, Texas](#)

49. [Port Aransas, Texas](#)

50. [Port Aransas, Texas](#)

51. [Corpus Christi, Texas](#)

[Agradecimientos](#)

[Books by the Author](#)

[Acerca de la Autora](#)

[Books from SkipJack Publishing](#)

[Avant-propos](#)

EBOOKS GRATUITOS DE PFH

Antes de empezar a leer, puedes conseguir un libro electrónico gratuito de Pamela Fagan Hutchins de la serie *Lo Que No Te Mata*, uniéndote a su lista de correo en <https://www.subscribepage.com/PFHSuperstars>.

UNO

TAINO, SAN MARCOS, USVI 20 DE ABRIL DE 2013

No sé por qué, en la verde tierra de Dios, dije que sí.

Estaba tomando mi turno de estrella como maestra de ceremonias para el concurso de la Señora de San Marcos. Así es, he dicho «señora», no «señorita». Tuve el honor de ser la anfitriona del desfile de las viejas casadas. Perdónenme por decirlo, pero nunca he sido muy aficionada a los concursos en general (a pesar de la insistencia de mi querida amiga Emily en que su título de Miss Amarillo le ayudó a pagar su título en la Universidad Tecnológica de Texas) y estos concursos de señora me llevaron a un nuevo nivel de «¿eh?».

Sin embargo, allí estaba yo. La mitad de la población de la isla también vino. La mitad alborotadora. Estaba segura de que el objeto de mis afectos no correspondidos y supuestamente enterrados, un chico de Texas llamado Nick, habría dicho que se estaban comportando como si estuvieran en una tirada de tractor, no en un concurso de belleza. O eso me imaginaba, ya que no habíamos hablado en muchas lunas.

Jackie, la directora del concurso, se subió los pantalones azules de camuflaje por encima de su considerable trasero, cubriendo casi su tanga de cinco centímetros, y dijo: “No puedo creer que tengamos tanta suerte de que alguien con tanto talento como tú vaya a hacer nuestro concurso”. En su tono isleño, «no puedo» sonaba como «no pudo» y la gramática adquiría un papel mucho más sencillo y orientado al tiempo presente.

Asentí con la cabeza, pero no pudo engañarme. Se sentía aliviada de haber encontrado a un imbécil lo suficientemente grande como para hacer la actuación. Había intentado contratar a mi compañera de canto, la sensual Ava Butler, después de vernos actuar juntas una noche en The Lighthouse, en el paseo marítimo del centro. A Jackie le gustaban nuestras bromas y nuestra presencia en el escenario, pero prefería la condición de Ava de bahn yah (nacida aquí) a la mía de «transplantada continental». Ava, sabiamente, había encontrado una excusa para no participar en el concurso y me recomendó a mí. Se lo haría pagar.

Los responsables del concurso celebraron el evento en un teatro «al aire libre», que era una forma elegante de decir sin aire acondicionado. Las puertas de madera y las ventanas enrejadas estaban abiertas, pero en el interior no entraba ninguna luz ni brisa perceptible. El evento transcurría en horario insular. Los cuerpos calientes que se habían juntado durante demasiado tiempo creaban un ambiente sofocante, incluso entre bastidores. Viviendo en San Marcos, había aprendido a apreciar las propiedades limpiadoras del sudor, pero las otras cosas que traía el calor, como las moscas y el olor corporal maduro, no tanto. Me sacudí una mosca.

Mi cuasi-novio Bart, jefe de cocina y uno de los propietarios del popular restaurante Fortuna's de la ciudad, estaba sentado en algún lugar de aquella sopa de gente, lo quisiera yo o no. Una chica no puede comer mucho de su lubina chilena bañada en mango antes de que le salgan branquias. Ni siquiera estaba segura de por qué había venido, ya que esa mañana había encontrado muerto a su nuevo jefe de cocina. Hubiera pensado que tendría cosas que hacer, pero aparentemente no.

Últimamente tenía la sensación de que nunca salía de su campo de visión, y eso iba a tener que arreglarlo. De inmediato. Quería viajar en el tiempo hasta el día siguiente, más allá de la parte de la noche en la que le dije que él no era el príncipe azul y que mi vida no era un cuento de hadas. Tal vez. Si me armaba de valor.

Separé media pulgada las cortinas de terciopelo rojo del escenario y me asomé, pero no lo encontré. Dejé que se cerrara la rendija del telón.

Jackie volvió a hablar. —Mueve tus cosas hacia allí. Estaba tirando de su camiseta negra de tirantes, que se aferraba a los rollos individuales alrededor de su medio y a las hendiduras talladas

por su sujetador. Sus tirones revelaron mejor los tirantes de su sujetador de encaje, pero al menos hacían juego con su camiseta. El trapo rojo no lo hacía.

Era difícil tomarla en serio con su aspecto, pero lo intenté. Arrastré mi bolsa de vestuario sobrecargada por el suelo de tablas hasta el rincón del fondo, sudando el maquillaje en esos veinte segundos. Mi bolsa contenía los numerosos trajes que había traído siguiendo las instrucciones explícitas de Jackie. Ella decretó que nos cambiaríamos de ropa cada vez que los concursantes lo hicieran, para «mantenerlo interesante». Eso significaba cinco cambios, Dios me ayude.

Jackie se dirigió a un camerino marcado con una estrella cubierta de papel de aluminio brillante con una punta de cartón expuesta. Sus chanclas golpeaban el suelo a cada paso. Consulté mi reloj. Ya estábamos oficialmente treinta minutos después de la hora de inicio anunciada. Jackie culpó de su retraso al drama del día, en el que se había metido. El encargado de la cocina muerto, me había informado, era su primo tercero por parte del ex marido de su madre.

Al entrar en el camerino, Jackie se volvió hacia mí y dijo: “Si la policía viene a hablar conmigo sobre Tarah, estaré aquí dentro”, y luego cerró la puerta.

Lord Harry.

La multitud en el frente se volvió más ruidosa. Podía oír el movimiento de sus cuerpos en las filas de asientos plegables de madera, sus abanicos improvisados moviéndose de un lado a otro, mientras los pies pequeños corrían arriba y abajo de los estrechos pasillos del oscuro teatro. Un bebé chilló y yo me estremecí. Mi trigésimo sexto cumpleaños se acercaba rápidamente, pero mi reloj biológico no seguía el ritmo.

Me dediqué a organizar mis vestidos, zapatos y joyas por orden de aparición hasta que Jackie salió del probador. De alguna manera, se las había arreglado para mejorar su último conjunto, metiéndose en un vestido de color mandarina, demasiado ajustado y corto. Una sonrisa de dientes se dibujó en su rostro de ébano. —Llevé este vestido en mi propia coronación. Todavía me queda bien.

—Guau, —dije, y me apreté el estómago.

Jackie era una antigua Sra. de San Marcos, una mujer alta y hermosa, pero había engordado casi veinte kilos desde sus días de concurso dos años antes. Algunos recuerdos no están hechos para ser revividos.

Y entonces llegó el momento de empezar. Jackie subió al podio y dio la bienvenida al público, diciendo los nombres de los asistentes individualmente, empezando por las personas más importantes de la sala.

—Buenas noches, Honorable Senador Popo, Senador Nelson, su encantadora esposa, y sus tres hermosos niños, —dijo—. Cuando hubo hecho su lista diez minutos después, terminó con «Y buenas noches a todos los demás, señoras y señores».

Ya estaba acostumbrado a esta pomposa circunstancia, después de haberme mudado a San Marcos en busca de serenidad nueve meses antes, que había encontrado, sobre todo gracias a la casa fantasmagórica a medio terminar que había comprado.

Fantasmagórica como en espíritu vudú.

Sí, ese tipo de espíritu.

Puede parecer una locura si no vives en el trópico, pero la vida cotidiana entrelazada con lo sobrenatural era otra cosa a la que me había acostumbrado. La Finca Annalise era bastante famosa en la isla, y entre mis actuaciones como medio dúo de cantantes con Ava y mi asociación con mi casa, aparentemente yo también lo era.

Finalmente, Jackie pasó a presentarme, y subí al escenario sintiéndome incómoda sin que Ava estuviera allí para validarme. Me arrepentí de mi largo vestido negro con tirantes en cuanto la abertura hasta el muslo dejó al descubierto mi delgado juego blanco y me hizo recibir el primer silbido de la noche. No era lo que pretendía. Aun así, el resto del público se rió con buen humor del silbador, y sentí que había empezado con buen pie.

El concurso en sí fue doloroso. Sólo había tres concursantes, lo que me pareció sorprendente.

Después del primer segmento, vestido de noche, Jackie y yo nos cambiamos rápidamente en el camerino.

—¿Por qué no hay más concursantes? —pregunté mientras me peinaba con los dedos mi larga melena pelirroja y la recogía en una caída retorcida. No. Lo dejé caer y las ondas se acomodaron contra la mitad de mi espalda.

Jackie luchó con la cremallera lateral de su vestido asimétrico. La brecha parecía insuperable y la melodía de «The River's Too Wide» surgió en mi mente. —Es difícil encontrar una mujer local casada en San Marcos, —dijo.

No pude discutirlo.

Su voz se elevó, y con ella, su dedo índice. —Mi prima Tarah nunca se ha casado, y todo porque lo da todo por su trabajo.

La recientemente fallecida Tarah ya tenía su halo y sus alas.

Subí al escenario para presentar el segmento de moda, y luego me puse a un lado. La primera concursante se pavoneó con un recortado top de manga larga completamente abierto por delante. No cerré la boca en todo el tiempo que estuvo en el escenario. El público la aclamó con fervor. Habíamos pasado del tirón del tractor al club de striptease.

La cabeza rubia de Bart destacaba sobre el mar de pelo negro. Me llamó la atención y levantó el puño en el aire.

Dios, por favor haz que esta noche termine pronto, rogué.

Jackie me hizo un gesto para que me cambiara de vestuario, pero cuando salí con mi siguiente traje, se detuvo a mitad de camino y puso las manos en las caderas.

—Katie, cámbiate ese vestido, —ladró. Se parece demasiado a lo que llevo puesto.

Vaya, cómo habían cambiado las cosas desde que los jueces nombraron a esta mujer Sra. Simpatía. Tenía calor. Estaba sudada. Estaba canalizando a regañadientes a Nicole Kidman con mi pelo rojo y mi «alta costura». No estaba contenta de estar allí, y no me gusta que la gente me mande. Además, mi vestido griego azul pizarra de Michael Kors era mi prenda favorita absoluta, y ésta era la única oportunidad previsible que tendría de ponérmelo en la isla. No iba a robarme la única pequeña alegría de la noche.

—Cambia el tuyo, —repliqué. El mío encaja perfectamente, y la costura de tu espalda acaba de partirse. Giré sobre mis talones y me dirigí al espejo, estirándome para aprovechar al máximo mi metro setenta y cinco más siete centímetros de tacón. Le eché un vistazo a ella en el cristal.

Jackie estaba con la boca abierta y moviendo la cabeza hacia la costura culpable. Todo el mundo que estaba al alcance de la mano entre bastidores hizo señas con el pulgar hacia arriba y de aprobación. Katie, la heroína instantánea.

Me dirigí directamente al escenario para lanzar la parte de intelecto del concurso. En primer lugar, una de las concursantes aprovechó su tiempo para hablar de la importancia de la lactancia materna.

—La lactancia es un miedo erróneo, —explicó a la multitud embelesada. —Sigo amamantando a mi hijo de ocho meses y no creo que se me caiga, ¿qué te parece?

Al público le encantó esto, y respondió a gritos sus elevadas opiniones sobre sus pechos (¿o era «opiniones sobre sus prominentes pechos?»). Fuera lo que fuera, era una tortura para la vista. No tan malo, digamos, como cuando me derrumbé en el suelo y maullé como un gatito durante mi último juicio en Dallas, un momento capturado para las generaciones venideras en YouTube, pero seguía siendo bastante malo. Me proyecté a mi lugar feliz, imaginando el relajante torrente de agua sobre las rocas de Horseshoe Bay.

De alguna manera, el tiempo pasó. Nos acercábamos al final del desfile después de cuatro horas agotadoras. Había sudado menos en las salas de vapor. Calculé la pequeña fortuna que me gastaría en la tintorería mientras esperaba entre bastidores las tabulaciones finales de los jueces. Volví a ponerme

mi vestido de Michael Kors sólo para atormentar a Jackie y estaba recuperando mi lápiz de labios para retocarlo cuando mi iPhone zumbó desde las profundidades de mi bolso. Lo tomé y eché un vistazo.

El mensaje decía: “Voto por el Maestro de Ceremonia”.

Un mensaje extraño. ¿Era de Bart? Miré el número. No. ¿Uno de los jueces? No puede ser. Era del código de área 214, mi antigua zona de Dallas. Volví a mirar el número y se me revolvió el estómago.

—¿Quién es? —contesté, sabiendo la respuesta.

—Nick.

Me quedé sin aliento y no pude recuperarlo.

DOS

TAINO, SAN MARCOS, USVI 20 DE ABRIL DE 2013

A decir verdad, la serenidad que había buscado en San Marcos era en gran parte para escapar de mis sentimientos por Nick (los que él había dejado claro que no compartía) y del desastre empapado y borracho que había hecho por él. Había enterrado la vieja tarjeta SIM de mi teléfono unos meses antes con gran solemnidad y propósito para que Nick no pudiera localizarme, aunque quisiera. Tampoco había enterrado sólo la tarjeta SIM. También había puesto bajo la tierra el anillo heredado de mi difunta madre y una botella vacía de ron Cruzan. Liberación. Cierre. Seguir adelante con los dolores que me ataban. Pero aparentemente había fallado. ¿Cómo tenía él mi nuevo número? ¿Y qué diablos significaba «¿Voto por el Maestro de Ceremonia», de todos modos?

Jackie me siseó: “Te toca”.

—¿Puedes sustituirme? Me siento mal. Me llevé el dorso de la mano a la frente. ¿Era fiebre? ¿O sólo estaba delirando?

Milagrosamente, Jackie no me miró a los ojos. Se limitó a asentir con la cabeza, poner una amplia sonrisa de concurso y salir al escenario. La forma en que se sobrepuso a su dolor fue una inspiración.

A solas, le envié un mensaje a Nick: «?»

—Para la Sra. St. M. Voto por ti. Grandes trajes.

Sentí que mi cara se arrugaba como un Sharpei en confusión. —¿Qué? ¿Yo? ¿Dónde estás?

—En la última fila, en el extremo izquierdo.

—¿San M.?

—No podría estar viéndote en este desfile desde otro lugar.

Mis manos empezaron a temblar tanto que apenas podía escribir. Santo guacamole, esto no podía estar pasando. En medio del ya surrealista concurso de la «Miss San Marcos», en medio de mis cinco ridículos cambios de vestuario, aquí estaba Nick. ¿Había venido a la isla para verme? Apreté las manos durante unos segundos hasta que dejaron de temblar.

Escribí otro mensaje para él. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenemos que hablar.

Ja. Esas fueron prácticamente las últimas palabras civilizadas que me había dicho, hace toda una vida de humillación en Shreveport, Luisiana, antes de que me lanzara sobre él y optara por no responder.

Bueno. A decir verdad, hubo un poco de culpa en mi lado de la cuenta. Detalles.

Envió otro mensaje. —Incluso he traído la maldita servilleta del bar. ¿Puedo tener otra oportunidad?

Oh, no, y aquí estaban los detalles, los quisiera o no. La servilleta de bar. La que había sujetado con fuerza en mi habitación de hotel en Shreveport cuando mentí sobre mis sentimientos por él y me borró de su vida. La servilleta en la que había tomado notas para hablar conmigo, la servilleta que yo había ridiculizado, junto con él. Mi culpa. Alguien tenía que informar a mis emociones de que insertar una tarjeta SIM era un acto final, porque no habían recibido el memorándum.

La habitación daba vueltas. Todo era demasiado. Tenía que salir de allí. Apagué el teléfono, tomé el bolso y salí del teatro con mi estela azul sin más pensamiento en la cabeza que la necesidad de escapar hacia Annalise.

TRES

TAINO, SAN MARCOS, USVI 20 DE ABRIL DE 2013

No llegué muy lejos en mi carrera en tacones altos. Mi vestido pesaba como quinientos kilos y sólo había cumplido mi propósito de Año Nuevo de entrenar karate tres veces por semana durante un tercio de la semana. Salí por la puerta de atrás del cine, subí la acera a trompicones y doblé la esquina que me llevaría a las puertas del aparcamiento, a mi camión y a mi casa. Pero cuando llegué a la acera de enfrente, me topé de lleno con el propio Nick.

De alguna manera, me las arreglé para rebotar y mantenerme erguida, y para no expresar el «Oh, mierda» que surgió de mis labios. Pero aun así pronuncié las palabras.

—Tenía la sensación de que te ibas a escapar, —dijo—.

Tenía el mismo aspecto que yo recordaba (guapo, anguloso y moreno, gracias a sus ancestros gitanos), pero me *sonreía*. Eso era un cambio. La última vez que lo vi, había imitado muy bien a Heathcliff en los páramos.

Lágrimas traicioneras brotaron de mis ojos.

Nick se acercó y las limpió. Mi cara ardió bajo sus dedos, pero se enfrió en cuanto se retiró. Era la primera vez que me tocaba, aparte de darme la mano cuando nos conocimos hacía más de un año y medio. El sonido de los escarabajos zumbando en la iluminación exterior fue el único sonido hasta que volvió a hablar.

—¿Así que esto es lo que hacen los abogados para divertirse en San Marcos?

Eso me hizo reír. Me sequé las lágrimas con el dorso del antebrazo y traté de recordar que lo odiaba. —Fue horrible, ¿no? —pregunté.

Él sonrió. —Tienes el mejor aspecto que te he visto nunca. Estás tan bronceada y... a la moda.

El calor subió a mis mejillas. —¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos?

Se apoyó en la pared del teatro y se cruzó de brazos. —He venido a hablar contigo. Y a verte a ti.

Miré a nuestro alrededor. No había nada que ver, salvo la carroza de cucarachas que servía aperitivos en el intermedio. Me ocupé de guardar mi teléfono en la cartera, y luego sostuve el bolso con ambas manos frente a mí. —Perdiste muchas de esas oportunidades, incluso cuando todavía estaba en Texas.

— Es cierto. Lo siento. ¿Puedes perdonarme y dejarme decirte lo que vine a decir?

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Soy un investigador profesional.

Lo era, pero no lo parecía ahora mismo con sus pantalones cortos caqui, su camiseta roja del Texas Surf Camp y sus sandalias de tanga.

—Así que Emily te dijo. Emily, Nick y yo habíamos formado un formidable equipo de litigios (paralegal, investigador y abogado) en Hailey & Hart, en Dallas.

—Primero tuve que invitarla a un almuerzo muy caro en Del Frisco's.

Me quedé mirando al suelo, pensando. ¿Podría perdonarle? Todavía no estaba segura. ¿Podría escuchar? No podía decir exactamente que no cuando él había recorrido medio mundo, y no quería hacerlo. El sudor me bajaba por el pecho hasta el estómago, siguiendo un rastro que había imaginado muchas veces con su lengua.

Basta, me dije.

— De acuerdo, te escucharé. En el almuerzo de mañana.

Los labios de Nick se comprimieron en una línea. Las puertas del teatro se abrieron y la gente empezó a salir a nuestro alrededor. Recibí un flujo constante de felicitaciones y saludos, a los que respondí con asentimientos y levantamiento de manos.

—¿Katie?

La voz de Bart me llamó la atención y giré la cabeza hacia él. Bart. Mi todavía no ex-novio. Tampoco estaba solo. Un desconocido cuarentón con vaqueros ajustados y gafas de sol oscuras se inclinó hacia él y le dijo algo. La cabeza oscura del hombre contrastaba con la clara de Bart, y el atuendo de rigor de Bart, con pantalones cortos a cuadros, camisa de cuello y zapatos marinos marrones, completaba la imagen inversa. Bart asintió con la cabeza y yo leí su respuesta con los labios: “Todo está bien. Hablaremos más tarde”. El hipster se dirigió hacia el aparcamiento con una amazona rubia enfundada en *spandex* justo detrás de él.

Bart me gritó por encima de las cabezas de la gente. —No sabía que habías salido. ¿Seguimos con la cena?

Y entonces se fijó en Nick. Bart frunció el ceño cuando Nick lo miró fijamente y no se inmutó. Tenía el potencial de ir mal en un instante. Di dos pasos de gigante hacia Bart y me agarré a su brazo como si fuera un salvavidas, esperando que no pudiera sentir los temblores que sacudían mi cuerpo.

—Por supuesto. Si te apetece, con lo que le pasó a Tarah y todo eso. Apreté mis labios secos como el papel contra una fina capa de sudor en su mejilla.

—Lo estoy. Bart exhaló audiblemente y giró la cabeza hacia Nick para presentarse, pero le di un empujón hacia el aparcamiento. Se detuvo en el camino para saludar a un grupo de clientes, siempre como un restaurador sociable.

Date prisa, Bart, pensé. Antes de que pierda mi fuerza de voluntad.

Miré por encima de mi hombro y Nick se enderezó de su postura contra la pared, silencioso y descontento, lo cual le vino bien. Más o menos.

—Mañana, entonces, —dijo—.

Asentí con la cabeza.

Bart volvió a prestarme atención y me tomó del brazo. Mientras caminábamos en pareja hacia mi camión, pude sentir el calor de los ojos de Nick sobre nosotros.

—¿Mañana qué? —preguntó Bart.

—El almuerzo, —dije, esperando que la brevedad sirviera de algo.

—¿Quién es él?

Me apresuré a buscar una buena mentira y no pude encontrar ninguna, así que me entretuve hasta que se me ocurrió una mala verdad parcial y la pronuncié despreocupadamente. —Es un investigador que conocí en los Estados Unidos, aquí en un caso. Nos encontramos después del concurso. Será agradable ponerse al día con un viejo amigo.

Nuestros pies hicieron crujir la grava cuando pasamos de las luces del teatro al oscuro aparcamiento. Bart me acercó a él, zigzagueando aún más que yo con mis tacones. Era más voluminoso que Nick. El grueso pelo rubio de sus brazos me rozaba la piel y el calor de su cuerpo, su cercanía, era de repente demasiado. Olía a ron.

Maldita sea. Él sabía que había dejado el alcohol, que no podía beber, que no debía hacerlo. Las interminables fiestas de cata de vinos con su clientela de alto nivel ya eran bastante exigentes para mí. Había prometido no beber más cerca de mí.

Más sudor, esta vez en el labio superior. Mi almuerzo de sushi previo al concurso ya no me sentaba bien en el estómago, y en una oleada de certeza, supe que necesitaba alejarme de él en ese mismo instante. Para siempre.

—Bart.

—¿Sí?

Nos detuvimos junto a mi antigua camioneta Ford roja, el reemplazo de la que se fue por un acantilado sin mí hace meses. —Tendré posponer la cena. Me siento mal. Era tan cierto como cuando se lo había dicho a Jackie antes, pero omití el por qué. Y la parte de «no sólo esta noche, sino para siempre».

—¿En serio?

Sonaba sospechoso, pero no podía verlo en la oscuridad.

—Simplemente se me ocurrió. Lo siento.

—Deja que te lleve a casa.

No, pensé, con pánico. —No, gracias. Muy amable de tu parte. Tengo que irme. Temí vomitar sobre él.

Me depositó en mi camión y cerré la puerta sin darle la oportunidad de darme un beso de despedida. Se quedó mirándome y luego golpeó la ventanilla.

—¿No te vas a ir? —preguntó, con la voz elevada para que pudiera oírle a través del cristal.

Le grité: “En un minuto. Sólo quiero llamar a Ava. La seguridad es lo primero”. Saqué mi teléfono del bolso y lo sostuve en alto. —Hasta luego.

Dudó. Le dije adiós con la mano. Se dirigió a su coche y volvió a mirarme. Me llevé el teléfono a la cara y fingí que hablaba con Ava, haciendo de tripas corazón. Abrió la puerta de su Pathfinder negro, se volvió hacia mí una última vez, luego se subió y se alejó lentamente.

Yo era una mierda total.

CUATRO

TAINO, SAN MARCOS, USVI 20 DE ABRIL DE 2013

Colgué el teléfono, respiré entrecortadamente y me pregunté si estaba desarrollando un asma de adulto. ¿Por qué me costaba tanto respirar? Miré el reloj digital de mi tablero de instrumentos para contar los minutos. El tiempo se alargaba. La respiración no se hacía más fácil. Me senté en la oscuridad.

Tap tap tap. Un ruido en mi oído izquierdo, en la ventana.

Por supuesto. Esto es lo que había esperado. Pero cuando me asomé, me llevé una gran sorpresa.

Un rostro negro e hinchado me miraba fijamente a diez centímetros de distancia. Un rostro masculino de gran tamaño no muy atractivo, pero que conocía bien. Era el oficial Darren Jacoby, un viejo admirador de Ava y un no admirador mío a corto plazo, con una versión caribeña de Ichabod Crane asomando detrás de él. Jacoby giró su mano, haciendo la pantomima de bajar mi ventanilla, a la vieja usanza. Giré la llave hasta la mitad del contacto y usé el botón para bajar la ventanilla.

—Estoy buscando a Bart, —dijo Jacoby.

—No está aquí.

—¿Puedes pasarle el mensaje?

Ichabod tiró de la cintura de sus pantalones y alisó su camisa sobre el estómago.

—Si hablo con él, lo haré.

—¿Ya no le haces compañía?

—La verdad es que no.

Jacoby asintió, con cara de haber dicho algo inteligente. Luego se alejó. Ichabod se dio la vuelta y lo siguió. Subí la ventanilla.

Todo aquello era extraño, rozando un poco el terror. No había ayudado con mi problema de respiración. Puse la cabeza entre las manos.

Tap tap tap.

Otra vez no. Levanté la vista para hacer una señal de «OK» a Jacoby y vi la cara que había esperado la primera vez.

—¿Me dejas entrar? —preguntó Nick.

Su pregunta hizo que mi dial pasara de destrozado a estar enfurecido. Puse en marcha el camión y volví a pulsar el botón de la ventanilla. Comenzó su descenso. Grité por la brecha que se ampliaba lentamente.

—¿Crees que puedes subirte a mi coche sin más, cuando me has tratado como si no existiera durante meses? Ahora te presentas donde vivo, donde trabajo, donde tengo una vida, como si fuera a ponerte la alfombra de bienvenida. Ya te di mi amistad y mi dignidad. ¿Qué más quieres, Nick?

Golpeé mi cabeza contra el volante una, dos veces, y luego me volví contra él. —¿A quién quiero engañar? Te di mi corazón, imbécil. ¿Y qué hay de mi billetera? ¿O prefieres que me corte el brazo?

Más que gritar, taladré mis palabras en el aire espeso de la noche con un chorro agudo, y entonces no pude recuperar el aliento. Lo intenté (jadeé), expulsé el oxígeno para hacer sitio a más, y no volvía a entrar.

Nick habló, pero no pude oírle con el zumbido de mis oídos. Puse el aire acondicionado en mi cara a tope y sentí el aire caliente refrescarse al golpear mi sudor. Al cabo de unos segundos, pude respirar profundamente, estremeciéndome. En cuanto el aire entraba en mis pulmones, volvía a sollozar. Una y otra vez.

Agité la mano hacia Nick, que seguía hablando. —Vete. Vuelve a Texas. No quiero tener nada que ver contigo. No quiero que seamos amigos o que pretendamos ser amables. Sólo vete.

La mano de Nick agarró la mía cuando lo rechacé con ella, y su agarre calloso era fuerte pero suave. Las manos de un hombre de verdad, habría dicho mi padre. Nick apoyó su cabeza en la camioneta.

—Katie, escúchame. Lo siento, —dijo, pero le interrumpí.

—¿Por qué? ¿Por haber desperdiciado tu dinero viniendo aquí?

—Dios, no. Pero sólo tengo cuarenta y ocho horas hasta que tenga que irme. ¿Vas a hacer que me quede aquí fuera todo ese tiempo, o podrías dejarme entrar donde puedas gritarme de cerca?

¿Cuarenta y ocho horas?

Mierda.

Sí quería hablar con él. Primero quería arrancarle la cabeza, pero después quería escuchar lo que tenía que decir. Mis sollozos se convirtieron en mocos. Un vehículo pasó lentamente por delante de nosotros en el aparcamiento. Qué bien. Probablemente parecía una reina del baile borracha peleando con su pareja.

—¿Puedo entrar en el coche contigo? —insistió mientras un Pathfinder negro se detenía a mi lado, derrapando los últimos metros.

Oh, sí, conocía ese automóvil. Y lo conducía alguien que estaba a punto de enfadarse conmigo. Una puerta se cerró de golpe. Los pies crujieron en la grava. Pero no fue Bart quien apareció en mi ventana.

Ava apareció junto a Nick, con un aspecto increíblemente parecido al de Ava, con un vestido rojo elástico con mangas fuera de los hombros y una voluminosa melena negra que ondeaba tras ella con el viento nocturno. Ava, a quien supuestamente había llamado desde mi camioneta. Ups.

—Chica, tengo un hombre enfadado que viene a buscarme. Apuntó un dedo índice hacia Nick. —¿Ese es el que no se supone que anhela?

Al instante me arrepentí de haber vomitado toda la historia sobre Nick a mi nuevo amigo. No era exactamente lo que quería que escuchara, pero bueno. —Correcto, —dije—.

— Eso *pensé*, —dijo ella. —Pienso que el de mi coche espera que elijas entre los dos muy rápido. «*Pensé*» sonaba como «*pené*» y «*Pienso*» como «*Peso*». «*Los dos*» como «*dolor*».

—¿Te ha enviado aquí para decirme eso en lugar de venir él mismo? El calor subió a mi cara y se posó sobre mis pómulos.

Ava se encogió de hombros y tuvo la delicadeza de parecer arrepentida. Pero no era con Ava con quien estaba molesto. Recordé el aliento licuado de Bart de antes y añadí ese pecado a este nuevo. Adelanté la palanca de cambios y la puse en marcha de golpe, pero mantuve el pie en el freno.

—Dile que lo ha puesto muy fácil, —le dije. Desbloquéé las puertas. —Entra, —le dije a Nick. Dejarle entrar no significaba que tuviera que dejarle pasar.

Ava volvió a entrar en el Pathfinder de Bart. Nick dio la vuelta y se subió al asiento del pasajero. Pisé el acelerador y disfruté de la sensación de mis grandes neumáticos lanzando piedras a tres metros de distancia detrás de mí. Esperaba que algunas de ellas hicieran contacto con algo brillante y negro con cuatro ruedas.

—No te equivoques, —le dije a Nick. —Sólo estoy enfadado con él.

No contestó, pero se pasó el cinturón de seguridad por el cuerpo y lo encajó en su sitio. Giré el volante con fuerza hacia la izquierda, apenas reduciendo la velocidad para salir del aparcamiento. Pisé a fondo el pedal y una enorme presión que no sabía que había soportado se levantó de mí, flotó en el aire sobre mi cabeza y luego desapareció.

Vaya. ¿Qué fue eso?

—¿A dónde vamos? —preguntó Nick. Su cuerpo estaba inclinado hacia mí y sus ojos oscuros me miraban fijamente.

—¿Miedo? —le pregunté.

—No, es curiosidad.

Puse las dos manos en el volante, la diez y la dos, y tamborileé los dedos de la mano derecha. Una sensación de hormigueo había comenzado en algún lugar de mi interior. Emoción. Algo que no había sentido desde la última vez que había estado en el espacio personal de Nick. Sabía que sería mejor apresurarme si quería continuar con este regaño. Seguí conduciendo.

Llegamos a la cresta de Mabry Hill, el punto más alto del centro de la isla, y ni siquiera pisé los frenos mientras cambiábamos de trayectoria para el descenso abrupto. Me sentí muy viva. Cuando nos acercamos a la primera curva, reduje la velocidad de la camioneta a un ritmo casi razonable y eché una mirada furtiva a Nick. Seguía mirándome fijamente.

—¿Qué? —le pregunté.

—Estoy esperando que respondas a mi pregunta.

Doblamos la curva y el mar Caribe se extendió ante nosotros bajo el foco de la luna llena. La luz de la luna hizo que el cielo nocturno pasara de ser negro a ser un ante azul. Los árboles a ambos lados de nosotros eran fantasmales a su luz, pero los reconocí por sus siluetas. Una ceiba majestuosa. Un grupo de caobas gigantes. Los brazos arañados de un flamboyán, y el árbol turístico de aspecto engañoso que de día se descascaraba como una quemadura de sol.

—Vamos a mi casa, —dije—.

—¿La que vives o la que has comprado?

—A Emily no se le escapó ningún detalle, ¿verdad? No, no vamos a casa de Ava. Ahí es donde estaba viviendo hasta que mi contratista terminara el trabajo en Annalise. Crazy Grove había prometido tenerme antes del verano, y parecía que lo lograría.

—Em me contó lo de tu novio, —incitó Nick.

Ex novio, en lo que a mí respecta. Pero no era asunto suyo, así que no respondí.

—¿Estás enamorada de él?

—¿Qué tal si jugamos al juego del silencio? El primero que rompa el silencio es el perdedor, —respondí.

Nick pareció poner los ojos en blanco, pero con sólo mi visión periférica no podía estar segura.

Seguí conduciendo y volví a girar a la izquierda para entrar en Centerline Road. Sólo por diversión, le di un poco más de gas a la camioneta y me deleité con la visión de Nick rebotando hacia arriba y hacia abajo. Quince minutos sádicamente perfectos después, subimos por el oscuro camino de entrada a Annalise con el faro de la luna señalando el camino hacia el lugar más hermoso del mundo.

—Cielos, ¿es esta tu casa? Es increíble, —dijo Nick.

—Perdiste, —dije yo.

Cinco de mis perros se reunieron con nosotros en el patio lateral, ladrando alegremente. El sexto, mi pastor alemán y protector personal, Poco Oso, estaba en casa de Ava. Nick bajó la ventanilla y les habló, lo que los puso a cien. —Nueva persona altamente sospechosa, —anunciaron. Aparqué mi camioneta bajo el inmenso árbol de mango en el lado cercano de la casa.

¿Y ahora qué?

Mi vuelo había parecido un gran plan hasta que aterrizamos en nuestro destino. Me sentí un poco mareada. Sin embargo, Nick no sufría.

—Toma, —dijo, entregándome un Kleenex.

Mortificada porque se me había corrido el rímel, empecé a limpiarme la cara.

—¡No hagas eso! —gritó Nick.

Me eché hacia atrás. —¿Qué?! ¿Qué he hecho?

—Eso no es para tu cara. Es para que lo leas.

Mi frente formó su familiar patrón de una infinita cantidad de líneas de expresión y traté conscientemente de borrarlas antes de que se volvieran permanentes. —¿Qué es?

Nick buscó con sus dedos la luz de la cúpula y la encendió. —Léelo, Katie.

No era un Kleenex. Era una servilleta de cóctel arrugada con algo escrito.

Oh.

La servilleta.

No podía creer que hubiera guardado la maldita cosa. Me quedé con la boca abierta. Posición de atrapar moscas, me di cuenta. La cerré.

Nick se pasó la mano por el cabello.

Ah, el exfoliante de pelo, pensé. Estaba nervioso.

Leí las palabras escritas con bolígrafo azul encima, debajo y alrededor del logotipo del Eldorado Hotel & Casino.

No puede suceder ahora/detienes mis latidos

Quiero hacerlo bien

Espérame

Alisé la suave servilleta del bar y traté de asimilarlo. Cuando habíamos hablado el verano pasado en Shreveport, sólo había llegado a la parte de «no puede suceder» antes de que yo lanzara una defensa en mi modo de armas de destrucción masiva. Mi cerebro se esforzó por procesar la nueva información.

—Detienes mis latidos, eso era bueno, ¿no?

De hecho, sentí que el mío acababa de detenerse. Busqué información en su rostro.

Dijo: “¿Puedo decirte lo que debería haber dicho en Shreveport, Katie? ¿Lo que quise decir?”

Asentí con la cabeza, porque no creía poder hablar. Unos fuertes dedos de emoción me rodeaban la garganta y la apretaban. Por experiencias pasadas, sabía que esto era probablemente lo mejor.

Se aclaró la garganta. —Había tres cosas que iba a decirte, —dijo, señalando el papel gastado. —Lo que no me salió después de la parte de «esto no puede suceder», al menos antes de que te enfadaras, fue la palabra «AÚN», y... Aquí se detuvo y murmuró: “Puedes hacerlo, Kovacs”, en voz tan baja que no estaba seguro de si le había oído o si era sólo el viento.

Mis palabras se rompieron a través del agarre alrededor de mi garganta. —¿Y qué?

Se rió, rompiendo la tensión. —Más despacio, esto es importante.

Cerró los ojos por un momento y luego miró directamente a los míos. —Que mi corazón se detiene cada vez que entras en una habitación.

Esperó. Esta era la parte en la que debía decir algo.

Me quedé rígida como el granito. No quería meter la pata con las palabras equivocadas, y no podía encontrar las correctas. Pero en mi confusión sobre qué decir, dejé un silencio que no quería. Nick frunció ligeramente el ceño, pero continuó.

—Y lo segundo era que quería hacer esto bien. Quería una relación real contigo, no sólo un fin de semana de locura.

Una vez más, esperó mi respuesta, y de nuevo me quedé muda.

Se pasó la mano por el cabello. —Pero mi tercer punto era que necesitaba pedirte que esperaras, porque las cosas eran demasiado locas en mi vida en ese momento. Necesitaba tiempo porque no quería que el comienzo de nosotros se arruinara por todo eso.

Por fin pude hablar.

—Oh, Dios, —dije en un susurro chirriante.

Eso fue todo. ¿Pero lo que sentí? Me habría arrastrado sobre mi vientre a través de cristales rotos y calientes para escuchar esas palabras de él.

La vocecita de mi cabeza se puso en marcha. —Pero te hizo daño. Fue frío y mezquino. Podría haberte dicho estas palabras mil veces antes.

Cállate, le respondí. Esta es la parte buena. ¿Dónde estaba la voz para animarme y desearme felicidad?

Nick habló. —Pero esa noche, todo se fue al diablo. Me enfadé tanto contigo que...

Encontré mi aliento. Tenía que sacar algo antes de hacer una tontería, como escuchar a la vocecita que quería sabotear esto por mí. —Nick, basta. Tengo que decírtelo antes de que digas otra palabra: lo siento mucho. Te he mentado. Tenías razón, le dije a Emily que estaba enamorado de ti, y sabía que nos habías escuchado por teléfono. Pero cuando empezaste con lo de «esto no puede suceder», me mortifiqué. Me puse a la defensiva y fui... Fui... bueno, estuve terrible. Y me equivoqué.

Nick soltó un gran suspiro. —No pasa nada. Sé que exageré lo que dijiste. No estaba tan enfadado contigo como conmigo mismo por haberlo estropeado (mi vida y esa conversación), pero te culpé de todo. Fui una mierda para ti, y sé que te hice daño. Lo que pasó es mi culpa. Que hayas venido a San Marcos es mi culpa. Ese maldito fiasco del juicio de McMillan fue mi culpa. Me ha costado meses reunir el valor para venir aquí. Pero tenía que decir todo esto sólo una vez. Tenía que intentarlo.

Esas. Esas eran las palabras que necesitaba escuchar.

CINCO

FINCA ANNALISE, SAN MARCOS, USVI 20 DE ABRIL DE 2013

No quería precisamente que me recordaran la humillación de perder el juicio por violación de la superestrella del baloncesto Zane McMillan, pero aparte de eso, sus palabras eran perfectas. La cara de Bart volvió a pasar por mi mente, pero me negué a sentir la culpa que sabía que vendría. Ya me encargaría de ello más tarde.

—Vamos, —dije, bajando de un salto de la camioneta. Mis tacones se hundieron en el suelo, así que me los quité y los arrojé a la cama de la camioneta.

Nick estaba de pie a mi lado tratando de calmar a los perros. Sheila, una rottweiler, se quedó atrás. «Cowboy», el macho alfa, murmuraba en lenguaje canino en voz baja. Le echó un vistazo a Nick antes de dejar que los demás lo revisaran. Nick se mantuvo firme y dejé que los perros hicieran lo suyo. Si no pasaba la prueba, me lo replantearía.

El aire de la noche cantaba su canción de ranas coquí y brisas entre las hojas, rozando mis mejillas con su suave y húmedo beso. Extendí mi mano a Nick y él la metió en la suya. Se inclinó hacia mi cara, lo que provocó un gemido de Sheila. Me aparté de él, levanté el lateral de mi larga y voluminosa falda y la pasé por encima del brazo, y luego corrí hacia la casa, arrastrándolo detrás de mí.

Corrimos con pies ligeros, Nick confiando en mí para guiar el camino, los perros a nuestro alrededor. Cuando llegamos a la puerta de mi gran casa amarilla, tiré de Nick hacia dentro y los perros se quedaron en el escalón delantero. La electricidad no estaría encendida hasta que Crazy obtuviera un último permiso, pero yo conocía mi camino incluso en la oscuridad y no dudé. Cerré la puerta detrás de nosotros, cerrando el jasmín que florecía de noche y manteniendo el serrín y la pintura. Ahora el único sonido era nuestra respiración jadeante.

Tiré de Nick a través de la cocina, donde la luz de la luna entraba lo suficiente por las ventanas como para poder distinguir los enormes armarios y electrodomésticos inacabados.

—La cocina, —dije sin frenar.

Seguimos corriendo hacia el gran salón, donde los techos se abrían en una imponente caverna de nueve metros de altura. La luna era más brillante allí, brillando a través de las ventanas del segundo piso sobre el techo de ciprés y caoba machihembrado y la chimenea de roca y ladrillo que el propietario original había instalado por Dios sabe qué razón en los trópicos.

—Gran sala, —anuncié—. Cuidado con los andamios.

Me agaché entre los soportes de acero y giré bruscamente a la derecha por un pasillo corto y oscuro hasta llegar a un dormitorio vacío cuya magnificencia se hacía eco de la del gran salón. La luna llamaba la atención a través de los paneles de cristal de la puerta trasera. Me paré en medio de la habitación y dejé caer la mano de Nick y mi vestido para agitar la mano sobre mi cabeza.

—Mi habitación.

Di un paso hacia la puerta del balcón, pero Nick me agarró del brazo y me hizo girar hacia él, creando una colisión que recordaba a la del exterior del extraño concurso de belleza dos horas antes. Sólo que esta vez, no reboté de él. Me quedé pegada. Como el pegamento.

Deslizó sus manos desde la base de mi cuello hasta mi cabello a ambos lados e inclinó su cara hacia la mía, con sus ojos oscuros intensos. —Más despacio.

Puse mis manos alrededor de sus muñecas y me puse de puntillas para susurrar, a distancia de su aliento, —Ya casi llegamos.

Acortó los milímetros que nos separaban y apretó sus cálidos y suaves labios contra los míos. Oh, mi Dios misericordioso del cielo.

Nos quedamos allí, con los labios pegados el uno al otro mientras pasaban los segundos, hasta que me separé. Tiré suavemente de sus manos y retrocedí hacia la puerta sin soltarlo. Llevé la mano a mi espalda y giré el picaporte, tirando de la puerta hacia dentro y enganchándola para abrirla.

—Cuidado con los pasos, —dije, saliendo al balcón de tres metros de largo con baldosas rojas. Algún día tendrá una barandilla de metal negro.

—Vaya, —dijo Nick cuando colgué a la derecha y me senté en el extremo de la estrecha plataforma, con las rodillas levantadas y la espalda apoyada en la pared. Me sentí como si estuviera sentada en el aire, excepto que el aire fino probablemente no sería tan duro para el trasero. Abajo, y más allá del patio embaldosado con adoquines que hacían juego con los del balcón, la piscina brillaba, la luna bailaba sobre ella como si fuera la olla de oro al final del arco iris. La luz de la luna era tan brillante que podía distinguir el brillo de los azulejos turquesa oscuros de la piscina bajo el agua.

La tierra se desplomaba cuatro metros más allá de la piscina y se inclinaba dramáticamente hacia el valle que rodeaba a Annalise. Era como si estuviéramos rodeados por un foso de copas de árboles. Los tejados situados al oeste marcaban el final de la tierra urbanizada de la isla, y más allá de ellos la luna brillaba sobre la arena blanca y el mar azul marino, ondulado y bañado en plata. Tres grandes barcos salpicaban el horizonte, uno de ellos un crucero rodeado de luces y otros dos, oscuros y pesados.

Un movimiento me llamó la atención al acercarme. Miré hacia abajo. Una mujer de color alta estaba de pie en el borde más alejado de la piscina. Llevaba una falda de cuadros a media pantorrilla, descolorida, pero con volumen. La levantó con las dos manos y pasó un pie por el agua con la punta del pie, como si quisiera probar su temperatura. La joven miró hacia arriba e hizo algo que nunca había hecho antes. Me sonrió y se tapó la boca para ocultarlo.

Miré a Nick. No se había movido, ni parecía haber visto a mi amigo. Se quedó mirando a lo lejos. Volví a mirar hacia la piscina, pero ya sabía que se había ido.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Nick.

Se acercó y se hundió a mi lado. —Guau. Simplemente guau. -Buscó mi mano y la apretó-. Has vuelto a poner el tren en marcha, seguro. -Se llevó mi mano a los labios y la besó-. Estaba preocupado por ti.

—¿Te refieres a cuando tuve mi completa y absoluta crisis de alcohol en el juzgado delante de toda la ciudad de Dallas y metí el rabo entre las piernas y corrí a esconderme en las islas?

Me besó la mano de nuevo, y luego dos veces más en rápida sucesión. —Sí, entonces.

Suspiré. —No he tomado una gota de alcohol en doscientos nueve días. Fruncí los labios, pensando en todas las fiestas de Bart y en lo difícil que era abstenerse en ese ambiente.

—Bien por ti. Nick estaba jugando con mis dedos, doblándolos, enderezándolos, besando cada uno. Era una agradable distracción.

—Gracias.

—Dejé la empresa, —dijo—. Abrí mi propio negocio de investigaciones.

—Eso he oído. Felicidades.

—Mi divorcio es definitivo. Besó el interior de mi muñeca.

—Eso también lo he oído. Así que parece que tienes todos esos detalles desordenados en tu vida aclarados.

Apoyó la cabeza contra la pared y admiré su perfil. Nick no es pequeño de nariz, pero le funciona. Suspiró. —No exactamente.

Hice un gesto con los dedos de los pies, y luego los solté. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... bueno, espera un segundo. No quiero poner esto en el orden equivocado. Necesito decirte algo más primero.

—De-acuerdo. Dije. Unas punzadas recorrieron mi cuello.

—Cuando me enteré de lo que te pasó, de cómo casi te mata el mismo tipo que mató a tus padres, me hizo entrar en razón. Antes dejaba que mi orgullo se interpusiera. Así que llegué aquí tan rápido como pude.

No muy rápido, pensé. —Eso fue hace más de seis meses.

—Sí. Por desgracia, tengo circunstancias personales difíciles, —dijo—.

—Ve al grano, Nick, —dije—. Lo cual suena más duro de lo que salió. Lo juro.

—No pude venir debido a Taylor, —dijo—.

Mi corazón se hundió.

SEIS

FINCA ANNALISE, SAN MARCOS, USVI 20 DE ABRIL DE 2013

Mi mente conjuró una joven rubia con una guitarra acústica. No, sabía que no se refería a Taylor Swift. Pero, ¿quién demonios era la Taylor de Nick? Hablé a través de mi mandíbula apretada. —Taylor, —repetí—.

—Sí, Taylor. Tiene quince meses. Nick me apretó la mano.

No es una mujer. Un bebé. Sólo una ligera mejora. Tuve un dolor de cabeza instantáneo.

—Un bebé.

—Teresa también está conmigo.

Teresa. Esto se puso cada vez mejor.

—De verdad.

¿Qué demonios estaba haciendo aquí conmigo, entonces? Traté de apartar mi mano, pero él no la soltó.

—Katie, déjame terminar.

Se había divorciado recientemente, y creí saber que era porque él y su esposa no se gustaban, pero siempre me había preguntado si había algo más. Un bebé definitivamente sería más. —Continúa.

—Es mi sobrino. Su madre, Teresa, es mi hermana pequeña. ¿No te he hablado nunca de ella?

—No. El alivio me hizo sentir mareado. Taylor no era una mujer ni su bebé. —¡Eso es genial!

—El padre, Derek, es un perdedor, un niño rico mimado que pasó de la rehabilitación al trapicheo a la cárcel justo después de dejar embarazada a mi hermana, y ahora está en libertad condicional. Teresa vivía con mis padres en Port Aransas, pero el perdedor estaba demasiado cerca de ellos, a menos de una hora en Corpus Christi, y no paraba de aparecer, así que ella y Taylor vinieron a quedarse conmigo cuando tenía unos tres meses.

Consideré a Nick como un hermano mayor con una hermana pequeña problemática. Entendí lo de la lealtad. Mi hermano mayor es el ejemplo de la tarta de manzana y el béisbol. En todo caso, yo soy la cruz que lleva, sobre todo después de la muerte de nuestros padres. Las hermanas pequeñas pueden ser insoportables. Sin embargo, no esperaba un bebé en la vida de Nick, sin importar de quién fuera.

—¿Y? —preguntó Nick. —¿Alguna idea?

Conté hasta diez.

No sabía qué decir.

Mis sueños con Nick incluían momentos sensuales y felices para siempre, no a él a un océano de distancia con una hermana pequeña y un niño pequeño a cuestas. Volví a empezar a contar.

Hacía tiempo que me había soltado el cabello y me lo metí detrás de las orejas. Me lamí los labios. Seguí contando.

Una ráfaga de viento atravesó el balcón con tanta fuerza que me agarré a Nick para anclarme. La suciedad se arremolinó desde la tierra desnuda más allá de la piscina y salió disparada al aire como un géiser danzante. Cuando el viento cambió de dirección y giró el embudo a través del patio debajo de nosotros, me empujó de nuevo contra la pared.

—¿Qué demonios? —gritó Nick, saltando y poniéndome de pie. Se puso delante de mí y una sonrisa se dibujó en mi cara.

Sí, Annalise, exactamente. Así es como me siento por dentro.

—Creo que mi espíritu lo dice mucho mejor que yo, —dije—.

El embudo retrocedió ligeramente y giró en el patio, con la parte superior de su cono justo fuera del alcance del brazo. Miré hacia abajo, hacia su núcleo sin suciedad, y mi cabello flotó como si estuviera bajo el agua.

—¿Tu espíritu? ¿Cómo un fantasma? Estás bromeando, ¿verdad?

—Nick, te presento a Annalise. Annalise, este es mi encantador amigo, Nick. Solté a Nick y puse mis manos en las caderas. —Debes gustarle al menos un poco, o ya te habría succionado allí.

Me giré hacia la pared y puse mi cara y mis manos en su estuco amarillo. —Creo que lo entiende, —dije—. Gracias.

El embudo dejó de girar y la tierra cayó al patio con apenas un suspiro. La suave brisa se reanudó. La noche era inquietantemente silenciosa y el olor a polvo persistía. La exhibición de Annalise me había llenado de energía, me había emocionado. Si esto era todo lo que tenía de Nick, que así fuera. Lo aprovecharía al máximo.

Nick me miraba fijamente. —Eso fue salvaje. Y tú, —dijo, y su voz se volvió áspera, —tú eres el espíritu.

Puse mis manos en su pecho y las froté hacia arriba y hacia afuera, a través de sus clavículas, sobre sus hombros.

Sus ojos brillaron en la oscuridad. —Eso fue amistoso.

Deslicé mis manos por la piel oscura de su cuello, y luego tiré de él hacia abajo lo suficiente como para poder morder la base del mismo donde se inclinaba hacia sus anchos y cincelados hombros. Aparté el cuello de su camiseta para llegar al punto justo. Y otro, y otro, hacia arriba y alrededor de la espalda. Había querido hacer esto desde la primera vez que lo vi, y era incluso mejor de lo que había imaginado.

—Mierda, no eres un espíritu, eres un vampiro.

Y entonces me empujó contra la pared, sus manos siguiendo un camino en mí muy parecido al que las mías tenían en él. Cuando llegó a mi cuello, me agarró la cara por debajo de la mandíbula y alrededor de la nuca y me mantuvo quieta mientras me besaba como si fuera un deporte de contacto. Si lo era, yo lo había empezado y, por lo que a mí respecta, estaba ganando.

Madre mía, quería comerme vivo a este hombre.

—¿Katie? ¿Eres tú? —gritó una voz.

Y justo cuando estábamos llegando a la parte buena.

SIETE

FINCA ANNALISE, SAN MARCOS, USVI 20 DE ABRIL DE 2013

Salté, chocando los dientes con Nick y mordiéndole la lengua. —¡Ay! —dijo—.

—Lo siento por eso, —susurré—. Le limpié una gota de sangre del labio.

Grité: “Soy yo, Rashidi. Estoy en el balcón fuera de mi habitación”.

—¿Quién demonios es Rashidi? —dijo Nick, presionando sus dedos contra su boca.

Me puse de puntas de pie y besé a Nick una última vez, chupando su labio mientras bajaba, tirando de su cabeza conmigo, lo que tuvo el efecto de empezar de nuevo todo el ejercicio de gimnasia oral. Nick empujó su cuerpo contra el mío, con fuerza, arrastrándose contra mí.

Aparté mi boca y la suya siguió la mía. —Tenemos que parar.

—No me gusta este Rashidi, —dijo Nick contra mi boca.

—Buenas noches, Katie, Bart, —escuché desde algún lugar abajo.

Ups. —Hola, Rashidi. Me escurrí entre Nick y la pared y alcancé la mano de Nick. Miré a Rashidi. —Pero este no es Bart.

Rashidi John y mis cinco perros estaban de pie en el patio lateral entre la piscina y la colina que lleva a lo largo de la parte trasera de la casa y hacia la entrada. Sus largas rastas estaban atadas cuidadosamente en una cola, su piel era más oscura que el cielo nocturno que lo rodeaba. Levantó la cabeza hacia nosotros y los cinco perros también lo hicieron, seis fichas de dominó seguidas.

—Hola, «Falso Bart», —dijo—.

Hice una mueca. —Este es Nick. De Dallas. Nick, Rashidi.

Rashidi era uno de mis mejores amigos, un profesor de botánica de la Universidad de las Islas Vírgenes, y el que me había presentado a Annalise en primer lugar cuando estaba pluriempleado como guía turístico de la selva tropical. Ahora estaba cuidando la casa hasta que ella estuviera lista para que yo me mudara. Me había olvidado de esperarlo. Había otras cosas en mi mente.

—Encantado de conocerte, —dijo Nick.

—Ya nos íbamos, —añadí—. Nos vemos en la cochera.

Me apreté alrededor de Nick en el estrecho balcón y él me siguió por la casa. En la cocina, me rodeó con sus brazos por detrás y me detuvo para darme unos últimos besos, pero llegamos a la entrada de la casa sin demasiada demora. Encontramos a Rashidi sentado en el capó de su Jeep rojo, masticando un tallo de caña de azúcar.

—Hola, —le dije. —Te presentaré bien mañana. Tenemos algo de prisa.

La sonrisa de Rashidi era todo dientes. —Si, amigo. Tengo lo que he venido a buscar, —dijo, pellizcando la parte delantera de su camisa y dándole una sacudida, —así que me voy a la ciudad por ahora. Se bajó del capó y se subió al Jeep. Justo antes de ponerlo en marcha, bajó la ventanilla y gritó: “Diviértanse, Katie y el falso Bart”, y luego se alejó.

Nick sacudió la cabeza y se rió. Los perros se acomodaron junto a la puerta de la cochera en la tierra, su lugar habitual para dormir. Caminamos los quince metros que nos separaban de mi camioneta, con las manos entrelazadas, con un cosquilleo en la piel donde se encontraba la suya. Nos íbamos, pero ¿adónde íbamos a ir, a su hotel? Me estremecí y esperé que no se diera cuenta. No me soltó la mano hasta que el impulso nos obligó a separar nuestras manos cuando fuimos por caminos distintos para subir a la camioneta.

Subí y alcancé a girar las llaves en el encendido, pero no estaban allí. Nick subió y se acercó a mí mientras yo encendía la luz de la cúpula y examinaba el asiento.

—No encuentro las llaves. Creía que las había dejado aquí. Siempre lo hago.

—Oh, no. No las tengo.

Busqué dentro y Nick buscó fuera, sin éxito. Me senté en el asiento, medio dentro y medio fuera de la camioneta, de cara a Nick. —Supongo que tenemos que volver sobre nuestros pasos, —dije—.

—No, tengo una idea mejor.

—¿Cuál es?

—Vamos a aparcar.

Antes de que pudiera responder, se estaba arrastrando dentro de la camioneta y encima de mí, bajándose sobre mi espalda en el asiento del banco. Dejé escapar un involuntario pero seguramente bastante sexy «mmm». Unos minutos más tarde, rompí la cerradura de los labios. —Aquí no.

Nick murmuró: “¿Qué pasa aquí?” y volvió a pegar sus labios a los míos.

Pensé en los cinco perros fuera del camión y en Rashidi apareciendo de nuevo con nosotros detrás de nada más que un cristal transparente. Esta vez hablé sin despegarme. —En otro lugar, en un sitio más privado.

Nick levantó la cabeza una fracción de centímetro y pude sentir que pensaba.

—¿Has hecho alguna vez un puente para encender un coche? —preguntó—.

—Por supuesto que no. Mi padre era el jefe de policía de Dallas. No anduve con chicos malos.

—Bueno, ahora sí. O al menos con un buen chico que puede hacer un puente en su coche.

—¿Y cómo lo sabes?

Sonrió. —Es mejor que no preguntes eso. Necesito algo con una punta pequeña y plana para usar como palanca, como un cuchillo o algo así, y un par de horquillas. Se inclinó hacia atrás y me besó hasta dejarme sin aliento. —Y creo que deberíamos darnos prisa.

Me apresuré. La horquilla fue fácil. Estaban esparcidas por todo el suelo del camión. ¿Pero un objeto de punta plana para usar como palanca? Me agaché y saqué el machete que Ava me había indicado que guardara debajo del asiento. —¿Qué tal esto?

Nick se deslizó por mí, de una manera muy agradable, y se puso de pie fuera de la puerta. —Esto es lo que yo llamo un cuchillo, —dijo con un mal acento australiano. —Un poco grande, sin embargo. ¿Tienes un destornillador plano?

Señalé la gigantesca caja de herramientas que tenía en la caja de mi camión, porque así es como rueda una diosa pateadora de traseros en la selva de San Marcos. —Ahí atrás, —dije—. Pero, en realidad, ¿no deberíamos registrar la casa primero?

Nick guiñó un ojo. —Quién sabe dónde podrían estar, y tenemos prisa. Una prisa muy, muy grande.

Sacó su teléfono del bolsillo y lo utilizó como linterna. Oí cómo mis herramientas daban vueltas mientras él salía de mi sistema de organización, pero volvió en segundos con un destornillador. Me aparté para dejarle entrar y se puso a trabajar rápidamente.

—En estos camiones viejos como el tuyo, es fácil, —dijo, quitando los tornillos uno a uno de la tapa del volante hasta que cayó al suelo con un «plof». Cada nervio de mi cuerpo cosquilleaba de expectación. Todo el asunto del pasado ligeramente delictivo era inesperado, y caliente. Me pregunté cómo se sentiría mi padre con respecto a Nick. Y cómo se sentiría mi madre, que era maestra de jardín de infancia.

—Tienes que sacar el arnés de cables del volante, así. Este es el extremo hembra, con aberturas para cada cable que viene en la parte trasera.

—Genial, —dije, y me incliné para besar la piel oscura debajo de su oreja. Si creía que le estaba prestando atención, se equivocaba, pero me gustó el rumor de su voz desde el pecho.

—Eso me va a retrasar, —dijo, pero no parecía molesto por ello. —Necesito encontrar los cables de la alimentación, del arranque y del tablero. La alimentación suele ser roja, el del tablero normalmente tiene algo de amarillo, y el arranque suele ser verde.

—Mmm, —dije—. Mi mano serpenteó hacia su pecho bien definido de alguna manera. No a propósito, por supuesto.

—Estás siendo muy malo. Giró la cabeza lo suficiente como para que pudiera atrapar sus labios en los míos por un momento, y luego se apartó. —Concéntrate, Kovacs, concéntrate. Bien, meteré

un extremo de la horquilla en el agujero del cable amarillo del salpicadero, así. Luego meteré el otro extremo de la horquilla en el orificio de alimentación rojo. ¡Ay!

Me detuve. —¿Qué ocurre?

—La cosa vieja me dio una pequeña descarga. Aunque no está mal. Sólo son doce voltios. Lo intentó de nuevo. El tablero se iluminó, y yo me encendí con él. Esto era casi mejor que el sexo.

—Ahora dejamos la horquilla aquí, así, hasta que queramos apagar el vehículo. Entonces la sacamos.

Estaba bastante seguro de que iba a empezar a frotarme contra él como un gato si no terminaba pronto.

—Ahora metemos una segunda horquilla en el orificio rojo de alimentación, y el otro extremo en el orificio con el cable verde de arranque, y lo dejamos ahí hasta que el motor engrane.

El motor empezó a arrancar, y luego se atascó.

Mi estómago dio un vuelco con el motor. Un paso más cerca de donde quiera que fuéramos y de lo que fuera que hiciéramos allí. Nick saltó y corrió alrededor del asiento del pasajero y yo me arrastré a la posición de conducción.

—Haces que parezca muy fácil, —dije mientras ponía la camioneta en marcha y pisaba el acelerador.

—Años de práctica, —admitió. —Pero no es tan fácil si no tienes horquillas. Entonces tienes que arrancar los cables del arnés y enroscar los correctos. O si tienes un coche nuevo con uno de esos dispositivos electrónicos antirrobo, entonces estás perdido, a menos que seas un ladrón semiprofesional. Me puso la mano en la pierna unos centímetros por encima de la rodilla y me apretó suavemente. Me hizo el suficiente cosquilleo como para que saltara un poco.

—¿A dónde vamos? —le pregunté.

—Me estoy quedando en Stoper's Reef. ¿Qué tal si vamos allí?

Me contuve con una sonrisa que esperaba que no pareciera fácil. —Creo que eso estaría bien.

Reef estaba en el lado cercano de Taino, que era más conocido como «Pueblo» a secas. De hecho, estaba a sólo cinco minutos de la casa de Ava, así que estaba conduciendo por una ruta que conocía bien. Las nubes se habían acumulado frente a la luna y la carretera estaba oscura. Los árboles se cerraban a ambos lados, dejando un estrecho sendero que se confundía con el entorno, excepto por el túnel de luz que proyectaba mi camioneta delante de nosotros. Atravesamos el oscuro sendero.

Enroqué mis dedos alrededor de los de Nick, que seguían enroscados en mi muslo. Él giró su mano y tomó la mía, luego comenzó a acariciar mis dedos con los suyos. Veinte agonizantes y largos minutos después, llegamos al hotel de Nick y aparcamos junto al edificio. Salí de la camioneta con los pies descalzos.

—Por aquí, —dijo, y le seguí.

OCHO

NORTHSHORE, SAN MARCOS, USVI 20 DE ABRIL DE 2013

Nick abrió la puerta de su habitación de hotel y encendió el interruptor de la luz. Se me secó la boca y me quedé helada, sintiéndome expuesta a la luz chillona. Había esperado tanto tiempo para esto, lo había imaginado tantas veces. Diablos, ya había tenido más orgasmos de los que podía contar con este hombre, ninguno de los cuales había requerido su presencia real. ¿Qué me pasaba?

Se volvió para mirarme. —¿Te encuentras bien?

Asentí con la cabeza.

Estaría mucho mejor con un ponche de ron. O un Bloody Mary. Cualquier cosa con alcohol funcionaría, me quitaría los nervios, me haría menos yo y más sexy.

Nick me sonrió y mi cara caliente estalló en llamas.

—Entra, —dijo—. Me tendió la mano y me atrajo hacia él, cerró la puerta de una patada y deslizó la otra mano alrededor de mi cintura, atrayéndome y diciendo esas últimas palabras con nuestros labios rozándose, que acabaron siendo tanto mordiscos como palabras, y resultaron en un beso en caída libre.

Oh. Dios. Mío.

Besar nunca me había parecido gran cosa. Con Bart, había llegado al punto en que prefería que hiciéramos el acto y nos saltáramos la parte de los besos. Pensaba que era invasivo y animal. Pero estaba muy equivocada, simplemente no había besado al tipo adecuado.

Con Nick, mis entrañas se agitaron y mis manos se movieron por sí solas. Oh, su forma delgada y dura bajo mis palmas, la sensación demasiado buena para ser cierta de su piel bajo las yemas de mis dedos cuando mis manos encontraron el camino bajo su camisa. Sus dedos subieron por mis brazos y por mis hombros, bajaron por mi pecho y subieron por mis costados, entrando y saliendo de los bordes de mi vestido para burlarse de mis pechos. De alguna manera, sin que me diera cuenta, Nick encontró el camino bajo mi falda y sus dedos subieron por mis muslos y pasaron por delante de mis bragas. Jadeé y él metió las manos bajo el sujetador y envió el vestido por encima de mi cabeza y al suelo.

—Eres tan hermosa, —dijo—.

Me apartó de él y sus ojos ardieron al recorrerme. Pasó las palmas de sus manos por mis brazos y las atrapó entre las suyas. Cerré los ojos.

—¿Katie?

Era mucho más fácil sentirse sexy con un vestido azul de Michael Kors que estar desnuda bajo la luz de un hotel. Recé para que no se diera cuenta de mis hoyuelos. Recé para poder mantener la boca cerrada sobre las luces.

—Las luces, —dije, fallando.

—Voy a cerrar los ojos.

—Pero Nick, —dije—.

Me besó la nariz. —No hay problema.

Exhalé y abrí los ojos. Nick estaba de espaldas a mí mientras se quitaba la camiseta. Los músculos ondulaban bajo su piel morena. Apagó el interruptor de la luz y, en cuanto la habitación se oscureció, sentí una oleada de tensión liberada. Oí el crujido de sus pantalones cortos cuando se los desabrochó y se los quitó de una patada. Entonces su cuerpo se encontró con el mío, en pleno contacto desde las rodillas hasta los hombros, y su piel calentó los lugares donde la mía se había enfriado en cuanto se apartó.

—Gracias, —susurré—.

—No hay de qué, —dijo él.

Empezó a moverme lentamente hacia atrás por los hombros. Cuando la parte posterior de mis rodillas se encontró con el borde de la cama, apretó una mano en la parte baja de mi espalda y luego

deslizó la otra para acunar mi cuello. Me bajó a la cama y se movió por encima de mí con tanta suavidad que nuestros labios nunca rompieron el contacto. Se agachó y me quitó la última prenda de ropa, y yo hice lo mismo con él.

Pero mientras mi parte delantera disfrutaba de Nick, mi parte trasera se daba cuenta de que estaba desnuda sobre el cobertor de un hotel, con Dios sabe qué clase de horror que rozaba mi piel.

— El cobertor, —dije, ahogándome con las palabras y odiándome por no haberlas retenido, por no ser una gatita sexual deseosa que podría hacer caca en un sucio edredón de hotel sin lavar y no pensar en nada. Él iba a pensar que yo era un desastre aún mayor de lo que ya era.

Pero se rió.

—Lo siento, —solté.

—Maldita sea, Katie, me has hecho realmente falta.

Tiró del cobertor hacia atrás y luego de la sábana superior. Yo me revolqué en la sábana de abajo y él tiró las sábanas debajo de él y las tiró al suelo.

—Ya no hay insectos en la cama. ¿Estamos bien?

—Te juro que sí, —dije, y pude sentir el rubor en mis mejillas. Sabía que necesitaba terapia, y mucha, pero eso era un problema para otro día. Ahora, estaba aquí, y no iba a estropear más este momento. Canalicé la diosa del sexo que llevaba dentro. —Ven a comerme.

Bajó sus labios a los míos y aún podía sentir la sonrisa en sus labios cuando me besó. Un feliz calor se encendió en algún lugar por encima de mis pies y por debajo de mi cabeza, en algún lugar agradable.

—Ahora tienes que quedarte perfectamente quieta mientras te conozco, —dijo—.

Moví los dedos de los pies y el calor aumentó. —Hola, Nick, soy Katie, —dije, y él me cortó con un beso tan profundo que sentí que caía de espaldas en una nube. Y entonces cumplió su palabra y me exploró por completo, lentamente, poco a poco y parte a parte, finalmente surfeando su cuerpo de piel aceitunada por la longitud del mío hasta que me estremecí y mordí su hombro. Mi retorcimiento se extendió desde los dedos de los pies hasta mi cuerpo, y a él pareció gustarle.

— Bien, ya puedes moverte, —dijo—.

Una explosión estalló en mi cerebro y me transformé en alguien que nunca había sido, alguien carnal y sensual, alguien descarado. —No puedo creer lo hermosa que eres... Empecé a decir, pero nunca terminé mi pensamiento, ya que la mano de Nick encontró el punto justo. Logré un grito ahogado, y entonces su boca estaba sobre la mía, áspera y urgente esta vez, y la mía también. Empecé a tocarlo de nuevo, y todo su cuerpo se puso rígido.

—¿Qué hay de, ya sabes...? —logró decir.

—Lo tengo cubierto.

—Gracias a Dios.

Y estaba dentro de mí, y era simplemente todo. Lo era todo, y todo lo demás no era nada, nada más que nosotros dos en esa cama. Fue tierno, luego apenas contenido, luego desesperado, salvaje y necesitado. Y éramos nosotros, juntos, y sabíamos, ambos sabíamos, que esto no era así para el resto del mundo. Esto era para nosotros solos. El mundo dejó de girar y quedó suspendido en el cielo mientras nos corríamos, juntos, larga y duramente. ¿Cómo podía el sexo ser esto?

En los temblorosos momentos posteriores, unidos y abrazados tan fuerte como podíamos, hablé primero.

—Eso fue. . . diferente. ...mejor... notable. Dios, parezco una idiota que nunca ha tenido sexo. No es que tenga sexo todo el tiempo. Pero he tenido sexo, por supuesto, y, oh, creo que me callaré ahora. Contuve la respiración mientras él presionaba su nariz contra la mía, sus labios contra los míos, y todo el resto de él contra mí también.

—Eso ha sido lo más increíble de la historia. Por lejos, —dijo—. Echó la cabeza hacia atrás y pude ver el brillo de sus ojos incluso en la oscuridad.

—Eres muy bueno en esto, —dije—.

Me besó en la punta de la nariz. —Lo somos. Somos terriblemente buenos en esto juntos.

—Imagínate si practicamos.

—Oh, planeo que practiquemos. Mucho.

Me gustó mucho, mucho, como se escuchó eso.

NUEVE

NORTHSHORE, SAN MARCOS, USVI 21 DE ABRIL DE 2013

Me estremecí y me sacudí para salir del sueño, mi cuerpo reviviendo la noche anterior, y abrí los ojos para encontrar a Nick mirándome.

—Hola, preciosa.

—Buenos días. Mi voz ronca mientras intentaba despertarme.

—Te vi dormir la mitad de la noche.

—Espero no haber roncado, —dije—. Me había levantado una vez para ir al baño, y recordé que había roncado, pero de una manera desprevenida que era algo agradable.

—«Un poquito».

Gemí y puse mi cara en su pecho, luego giré la cabeza para poder hablar. —Tuve un sueño muy extraño justo antes de despertarme. Mis palabras salieron lentamente mientras bostezaba y me estiraba sin sacrificar el contacto corporal. —Soñé que tú y yo estábamos en una playa, con mis perros, y una anciana antillana se acercaba, y...

Nick me interrumpió. —Lee tu palma.

— Sí, sí, sí, sí. ¿Cómo lo has sabido?

Sacudió la cabeza y se encogió de hombros. —No vas a creer esto, pero estaba teniendo exactamente el mismo sueño cuando me desperté.

—Eso es una locura.

—Sin embargo, es cierto. Frotó su mejilla contra la mía.

—Dijo que yo era una emperatriz. ¿Qué crees que significa?

—No lo sé, pero creo que es genial. Volvió a levantar la cabeza y puse mis manos con cuidado sobre su rostro familiar y a la vez nuevo. Cerré los ojos y dejé que la energía me llenara. Podría acostumbrarme a esto.

El teléfono de Nick sonó y sopló aire entre sus labios cerrados. Aparté mis manos de sus mejillas. Se dio la vuelta y tanteó el suelo con la mano hasta que encontró sus pantalones cortos y sacó el teléfono del bolsillo.

—Hijo de puta.

Mi estómago se contrajo. —¿Qué es?

— Mensajes de texto de mi hermana. Su novio acosador encontró mi apartamento.

Mierda. Mierda, mierda, mierda. Me corregí a mí misma antes de hablar. —¿Están bien?

Sus pulgares volaron mientras enviaba mensajes de texto. —No estoy seguro. Se puso los calzoncillos y se levantó, luego marcó el teléfono y empezó a hablar intensamente con la agitada voz femenina que contestó al otro lado.

Apilé almohadas contra el cabecero de la cama, me envolví con la sábana y me senté con los brazos alrededor de las rodillas, observándolo mientras se paseaba. Cuando Nick se enfada, su rostro adopta una expresión de «presagio de muerte que viene a reclamar tu alma». De una manera tan sexy que se me ocurrió que la interrupción probablemente dolería menos sin mi ropa. Pero ya me la había quitado y me dolía bastante.

Me escabullí de la cama con la sábana a mi alrededor y recuperé el montón de vestido del suelo. Entré de puntillas en el baño y me miré en el espejo. La mujer que me devolvía la mirada tenía una espantosa peluca de cabello rojo crujiente que gritaba «Me quedé despierta toda la noche teniendo «sexo salvaje». Mis repetidas aplicaciones de Aqua Net inspiradas en Emily durante el desfile de la noche anterior habían parecido una buena idea en ese momento, pero ahora era el momento de un cubo de agua sobre la cabeza. Eso también se encargaría del delineador de ojos desaliñado y del resto del maquillaje para el escenario.

Aparté la mirada del horror del espejo y me puse el vestido de noche, luego volví a mi imagen. Vaya mierda. Había una prostituta travesti en el baño de Nick. El paseo de la vergüenza por el aparcamiento iba a ser angustioso. El Reef no era el hotel más bonito de San Marcos ni mucho menos, pero había hecho su mejor imitación de la elegancia vacacional caribeña. Las paredes eran de un amarillo inocente, los armarios de un blanco nítido. Las flores de hibisco flotaban en un tazón de cristal sobre el tocador, a juego con la cortina de ducha con estampado de hibisco. Arrugué la nariz. Demasiado a juego. Pero una mirada al espejo y supe que no era nadie para juzgar.

Todavía podía oír a Nick hablando, pero necesitaba algunos artículos de aseo, pronto. Le eché una mirada furtiva a la puerta mientras rebuscaba pasta de dientes en su kit de rasurado con un ojo puesto en su reflejo en el espejo. Me restregué con el dedo las últimas doce horas de mi boca, luego me mojé la cara con agua fría y me puse a trabajar con un trapo de baño rasposo. Luego me pasé un poco de Right Guard, me alisé el vestido azul largo, cerré la puerta e intenté orinar.

El sonido de mi orina golpeando el agua era sólo ligeramente más silencioso que el de las cataratas del Niágara en medio de una tormenta. No, no, no. Estrujé en vano, tratando de ejercer algún control de volumen. Pero no sirvió de nada. Me detuve por completo.

¿Qué usar como ruidoso? No había ningún ventilador en el cuarto de baño, ni radio, ni teléfono con el que pudiera fingir una conversación ruidosa con Ava. Desesperado, me estiré hacia la bañera y corrí la cortina. Sin embargo, no pude alcanzar las manijas del grifo.

Hice una comprobación del audio de Nick. Seguía absorto. Levanté el pie izquierdo. Se quedó corto. Moví mi trasero hasta el borde del asiento del inodoro y lo intenté de nuevo. La punta del pie se encontró con el cromo. Aleluya. Apreté los dedos de los pies y apliqué presión en el sentido de las agujas del reloj, y el sonido del agua que entraba en la bañera fue una dulce música para mis oídos.

Gracias, Dios, susurré.

Nick asomó la cabeza por la puerta. —¿Te estás metiendo en la bañera?

—¡Espera! Estoy usando el orinal, —dije, y mi voz se aplastó como la retroalimentación entre un altavoz y un micrófono. Dejé caer el vestido a mi alrededor y asumí lo que esperaba que fuera una pose digna.

—Pero has abierto el agua, —dijo—.

—¿Un poco de privacidad aquí, por favor? —Esperaba haber sonado con aire de confianza.

—Estás rojo como una remolacha.

—Realmente no quiero orinar delante de ti en nuestra primera cita. Nuestra primera sea lo que sea.

Nick sonrió, levantó las manos y se echó atrás. —Todavía puedo oírte, sabes.

—Cá-llate, —le grité mientras cerraba la puerta.

Cuando salí del baño, Nick estaba recostado en la cama con los ojos cerrados, llevando sólo sus calzoncillos plateados. Mierda, era sexy. Sabía que se vería bien, y se *había sentido* muy bien la noche anterior, pero ver su piel oscura y su cuerpo suavemente definido a la luz del día superó mis expectativas.

Necesitaba mostrar interés por su hermana y su bebé.

—Entonces, ¿tu hermana está bien?

Él frunció los labios. —La verdad es que no. Está un poco descolocada.

—¿Qué sucedió?

—Publicó una foto en Facebook de ella y Taylor junto a la piscina frente a un cartel que tenía el nombre de los condominios. Derek apareció esta mañana, golpeando la puerta y gritándole. Ahora se ha ido.

—Suena horrible.

—Sí. Palmeó la cama a su lado, en el centro. Busqué una forma elegante de llegar desde donde estaba hasta donde estaba él, pero no parecía haber ninguna forma de lograrlo con un vestido de noche. Rodeé el montón de colchas rojas del suelo y me arrastré por la cama a cuatro patas hasta él,

intentando no parecer un vídeo de rock de los ochenta realmente malo. Me dejé caer cerca de él y me acerqué. Me pasó un brazo por los hombros y besó mi horrible cabello. —Lo siento, odio ignorarte, pero tengo que ayudar a mi hermana ahora mismo.

A fuerza de voluntad, evité que mi labio inferior se extendiera. —Lo entiendo. Pero no lo hice. ¿Por qué no llamó a la policía? ¿Qué podía hacer Nick desde aquí? Esta era nuestra primera mañana juntos, una mañana para el servicio de habitaciones y la desnudez.

No, eso no era justo. Podía entenderlo. Simplemente no me gustaba.

Miré más allá de mis pies sobre el extremo de la cama en la alfombra de color bronceado de la siesta. Práctica. Sensible. Como si tuviera que intentar serlo.

—Lo siento, —dijo Nick de nuevo. La luz roja de su Blackberry empezó a parpadear. Nuevo mensaje. Nuevo mensaje. «Léeme ahora. LÉEME AHORA», rezaba. O tal vez no, pero bien podría haberlo hecho. Odiaba ese teléfono.

—Está bien, —dije—. De verdad. Tengo que volver a casa de Ava de todos modos. Ducharme. Cambiarme de ropa. Ese tipo de cosas. Inmediatamente, deseé no haberlo dicho. ¿Y si no quería que volviera? ¿Y si se subía a un avión y se iba a casa y yo no volvía a saber de él?

Podría decirle a sus amigos que siempre se había preguntado cómo sería Katie en la cama.

—¿Cómo era? —preguntarían—.

—Meh, —respondería—.

Interrumpió mi caída en picado emocional. —¿No puedes quedarte aquí? Con suerte, esto no tomará mucho tiempo.

Eso fue mejor.

Sin embargo, realmente necesitaba volver a embellecerme. Puede que Nick no esté preparado para la verdadera Katie. Sacudí la cabeza. —¿Podrías llamarme cuando hayas terminado?

—Sí, y entonces ¿volverás? No quiero perder más tiempo contigo del necesario.

Mi corazón bailó una loca danza del amor. Quería pasar todo su tiempo conmigo. Esto estaba sucediendo de verdad. Me atrajo hacia él y me besó los labios largo y tendido.

—Por supuesto, —dije—.

—Entonces, está decidido. Levantó su teléfono con el pulgar para pulsar la marcación rápida.

—Está esperando que le devuelva la llamada. Así que te veré pronto.

—Muy pronto.

DIEZ

NORTHSHORE, SAN MARCOS, USVI 21 DE ABRIL DE 2013

Salí a la luminosidad de la media mañana en el Caribe. El sol bañaba el mundo con una luz no muy distinta, pero un millón de veces mejor que la de las paredes amarillas de la habitación de hotel de Nick. A lo largo del lateral del edificio clamaban los hibiscos, origen de los esquejes en el baño, sin duda. Me tapé los ojos y traté de hacer mi paseo de la vergüenza de Shoeless Joe Jackson tan rápido como pude. Maldita sea, era un largo camino hasta mi camión. Empecé a trotar por el aparcamiento. Justo cuando llegué a la camioneta, mi teléfono sonó. Era Ava. No me molesté en saludar.

—No empieces conmigo, —dije—. Me arrastré dentro y recordé que no tenía llaves. Mierda. Pero ahora sabía cómo hacer un puente en un camión, ¿no? No había prestado mucha atención, pero no era ciencia espacial.

El acento isleño de Ava bailó a través de la línea telefónica. —¿Qué? Sólo quería saber cómo estabas, eso es todo. Háblame. ¿Qué ocurre?

Nick había dejado las horquillas conectadas a los cables amarillo y verde. El verde para ir, el amarillo para otra cosa. Ambos debían estar conectados a la energía. La energía era roja. Sabía que lo que fuera el amarillo, venía antes que el verde. Metí la pata opuesta de la horquilla con el cable amarillo en el cable rojo. Las luces del tablero se encendieron. Ah, sí. Amarillo para las luces del tablero. Conecté el verde al rojo con los extremos de la otra horquilla. El motor se puso en marcha y se encendió. Maldita sea.

—Lo siento, mamá, pero no he podido volver a casa porque he pasado la noche con un chico. ¿Estoy castigada?

Maniobré la camioneta para salir del aparcamiento y entrar en el corto tramo de carretera que pasaba por Columbus Cove de camino a casa de Ava. Una flotilla de kayaks pasó remando a mi izquierda, creando un arco iris de neón en el agua plana.

—Parece que soy una mala influencia para ti. Cariño, él es sexy.

—No lo mires, mujer. Se supone que Ava salía con Rashidi, pero no le iba muy bien la exclusiva. —Entonces, dime, ¿qué tan malo va a ser con Bart?

—¿Bart? Ya se ha olvidado de ti. Escuché que está saliendo con la recientemente divorciada ex Sra. San Marcos. Creo que la conoces. Me reí de nuevo. —Hablando de Jackie, ¿has oído que su prima ha muerto?

—Creo que es exagerado llamarla prima, pero me lo dijo. Aunque yo ya lo sabía. Era la encargada de la cocina de Fortuna's.

—Sí, están pasando cosas malas, *mon*.

—Acabo de llegar a la entrada. Voy a colgar ahora.

La pequeña casa de Ava era blanca y cuadrada, sin un palo o un tallo de jardinería para suavizar sus bordes, pero tenía mucha personalidad en el interior. La puerta principal se abría a un gran salón en miniatura cuyos muebles de ratán y la mesa de formica daban a Columbus Cove. A la derecha había un balcón, una alegre cocina y el cuarto de baño, y a la izquierda estaban nuestros dormitorios.

—Cariño, ya estoy en casa, —grité mientras acariciaba la cabeza de Poco Oso, y luego giré bruscamente a la derecha para entrar en el pequeño baño azul. Entrar en él fue como sumergirse en una pequeña bahía rodeada de un arrecife de coral. Toda la habitación estaba decorada con conchas marinas. Conchas en tazones, conchas en marcos de cajas, incluso conchas incrustadas en las paredes de estuco, o «masorny», como la llamaban los lugareños.

Abrí la ducha y me desnudé.

Ava hizo sonar el picaporte y luego golpeó la puerta. —No me dejes fuera de ahí. Necesito detalles, y los necesito ahora.

Giré el picaporte para desbloquear la puerta y me agaché dentro de la cabina de ducha mientras mi amiga abría la puerta de golpe.

—Por eso lo llaman «mostrar el trasero». Necesitas sol en ese trasero. Pronto te llevaré a la Old Man's Bay y te broncearemos.

—Mi trasero va a permanecer tan blanco como Dios lo hizo, muchas gracias.

—Basta de hablar de tu plano trasero de chica blanca. Dímelo, —dijo ella, y se plantó en el asiento del inodoro. —Y no dejes de lado las «partes sexis».

Me eché un chorro de acondicionador Pantene en la mano y me lo froté en el cabello, y sólo me di cuenta de mi error cuando no hizo espuma. Metí la cabeza bajo el agua. —Dios mío, Ava, ha venido a verme y lo siente mucho y la única razón por la que ha tardado tanto es por el bebé, pero quizá sea diferente cuando pueda deshacerse de él...

—¿Bebé? ¿Alguien se deshace de su bebé? —chilló Ava.

—No, no deshacerse así como *sacarse de encima*. Me refería a cuando el bebé *se vaya*, porque ahora mismo el bebé está viviendo con él. Me froté el champú en el cabello de la almohadilla de brillo y empecé a fregar.

Ava abrió la cortina de la ducha. Seguía con el peluche de seda rosa que llevaba como un vestido. Su voz subió una octava. —¿Estás suspirando por este hombre que ha hecho un nuevo bebé con otra mujer y eso te parece bien? ¿Qué te sucede, Katie? Puso sus pequeñas manos en las caderas y ladeó la cabeza.

Cerré la cortina de la ducha. —No, lo has entendido todo mal.

—Sólo tengo lo que me dices.

—Deja que lo intente de nuevo.

—Te escucho.

—La hermana pequeña de Nick y su bebé se mudaron con él el año pasado para alejarse del padre del bebé, porque acababa de salir de la cárcel. Así que la vida de Nick era realmente complicada, y todavía lo es, pero dijo que su corazón se detiene cuando entro en una habitación, así que tuvo que venir.

Silencio desde fuera de la ducha. Aproveché la pausa en la inquisición de Ava para enjuagar el champú y probar de nuevo el acondicionador.

Finalmente, Ava habló, con la voz más baja. —¿Le crees?

—Sí, por supuesto. ¿Qué, crees que me está mintiendo?

—No conozco al hombre. Por eso se lo pregunto. Volvió a abrir la cortina de la ducha y me di cuenta de que no iba a ganar una batalla sobre mi pudor con Ava. Se inclinó tan cerca que el agua le caía en la cara. —Lo tienes mal por él. Ya te hizo daño una vez. ¿Qué te hace pensar que no lo hará de nuevo, y aquí vas a tirar un pez perfectamente bueno de nuevo en el mar sólo para terminar con uno que está podrido en la cabeza .

—Nick no es un pez con la cabeza podrida, Ava.

—Sabes lo que quiero decir.

—Lo sé. Y no lo es. Y, además —dije mientras giraba la cara y me echaba crema de depilar en la pierna, he tenido seis orgasmos desde que te vi anoche, y eso tiene que contar para algo.

Antes había *pensado* que Ava estaba chillando.

—¿Seis? ¿Seis? ¿Ese hombre te ha dado seis orgasmos? ¿Dónde se hospeda? ¿Cuál es su número de habitación?

Le lancé un puñado de crema de depilar y luego cambié de pierna. —Estoy considerando no dejar que los dos se encuentren de nuevo.

—¿Qué haces aquí, entonces? Deprisa, deprisa.

—Así que, ahora que sabes cuál es la emergencia, ¿podrías ayudarme a preparar una bolsa de viaje por si acaso y dejar de regañarme?

—Tengo justo lo que tienes que llevar, —dijo, y salió corriendo de la habitación, murmurando: “Nunca tuve seis. ¿Seis? ¿Seis?”

Terminé de ducharme y me puse una bata, luego empaqué lo esencial para la noche y me dirigí a mi dormitorio con los pies mojados. Ava ya había tirado todas las prendas que tenía en la cama, y la mayoría de sus cosas también. Poco Oso entraba y salía del armario, alimentándose de la emoción que se respiraba. Ava me dio consejos sobre la ropa que eran casi tan inútiles como la ayuda de Oso.

—Este me va muy bien, —dijo, sosteniendo una media negra de malla. Sacudí la cabeza violentamente. Ella se encogió de hombros, la enrolló en una bola y la lanzó hacia su habitación. Aterrizó a tres metros de su puerta.

Levanté un top de color cebra y una minifalda de satén negro con pliegues para acusarla. —No podría llevar esto ni en un millón de años. En ti, se ve muy bien. En mí, sólo es incómodo.

Ella se indignó y la tiró al suelo. Para cuando nos pusimos de acuerdo sobre mi ropa y mi ropa de dormir, mi bolsa de lona para pasar la noche estaba abultada. Tuve que esconderla en la caja de herramientas, ya que gritaba «mujer desesperada haciendo suposiciones prematuras».

Me puse mis pantalones cortos de lino favoritos y una camiseta verde lima y miré alrededor de mi habitación. Sentí que me olvidaba de algo. Me palpé los bolsillos. No había llaves. Fui a mi mesita de noche y tomé las de repuesto.

Mi teléfono sonó con un mensaje de texto. Nick. —Cuando estés listo. Vuelve rápido. Mi corazón revoloteó como una nueva mariposa con alas pesadas y húmedas, esperanzada, vulnerable. Recé para que hubiéramos terminado con el drama de la hermana-madre mientras metía mi maleta de baño en la parte superior de mi bolso y me colgaba las correas del hombro.

Ava se paró en la puerta y estudió sus largas uñas con manicura francesa. —Intenta no encontrarte con Bart. Puede que esté más alterado de lo que te he dicho antes.

Me quedé en la puerta con mi maleta y mi perro. —Sé una amiga. Déjame negar la realidad.

—Está bien. Oye, antes de que te vayas, anoche conocí a un hombre. Es un gran productor musical, nuevo en la isla. Lo invito a nuestro concierto este fin de semana. Así que no me abandones.

—Estaremos actuando. Te veré más tarde.

Ella entrecerró los ojos y levantó la barbilla. —Ten cuidado, ahora.

—Sí, señora.

Le di un beso en la mejilla y salí por la puerta. Metí mi bolsa en la caja de herramientas y me metí dentro para desconectar los cables de la camioneta.

Después de volver a conectar los cables y la tapa de la columna de dirección y girar la llave de repuesto, el camión arrancó con un potente rugido. Ya no me gustaban las llaves. Me parecía tan seguro y aburrido, aunque se me ocurrió que Ava y yo deberíamos cambiar nuestras cerraduras si las llaves de mi casa no aparecían pronto. Tendría que llamar a Rashidi más tarde y pedirle que estuviera pendiente de ellas. Pulsé la marcación rápida de Emily y conduje tan rápido como me atreví.

—¿Hola? Una palabra de tres sílabas, terminada en oh-oh. Así que Emily.

—Está aquí.

—Vas a tener que hacerlo mejor que eso. La voz de Emily era tan fuerte que alejé el teléfono un centímetro de mi oído.

—Está aquí y es increíble.

—Gracias a Dios, —dijo ella. —Estaba dudando, pero el caballo ya estaba fuera del establo.

—Va a estar bien. Aunque Bart está cabreado.

—Espero que lo esté. Pero no le habría dicho a Nick dónde estabas si no creyera que era de verdad. Aun así, ten cuidado.

Primero Ava, ¿y ahora Emily? Necesitaba un cartel alrededor de mi cuello que dijera: “Lo tengo todo junto, de verdad”.

—Te quiero, Emily. Me tengo que ir.

—Yo también te quiero.

Colgamos. Realmente extrañaba a esa mujer. Ava era mi mejor amiga en la isla, pero Emily era mi mejor amiga en el mundo.

Entré en el aparcamiento del Reef y encontré un sitio fuera de la habitación de Nick junto al océano, justo al lado de los hibiscos y bajo uno de los cocoteros que rodeaban el hotel de estuco rosa. El estuco rosa contra el azul del océano siempre funciona.

Me acerqué a la habitación de Nick, intentando mantener la despreocupación, pero mi corazón latía con fuerza. Hacía menos de veinticuatro horas había pensado que no volvería a ver a este hombre, y que a él le gustaba que fuera así. ¿Tenía que actuar con calma ahora, o ceder a mis ganas de saltar a sus brazos y rodear su cintura con mis piernas?

Nick abrió la puerta. Sonreí, pero lo sentí rígido en mi cara. Lo intenté de nuevo.

—Hola, —dije—.

—Hola, preciosa, —contestó él. Se inclinó hacia mí y me besó la mejilla. —Y hueles bien.

—Tú también. Aspiré su aroma. Es un olor muy fuerte. —Realmente, realmente hueles bien.

No estoy segura de cómo empezó, pero en algún momento me di cuenta de que me estaba besando con Nick a plena luz del día, y que mis manos buscaban desesperadamente la piel. Dios mío, era una gata en celo.

De repente, mi visión periférica captó un movimiento inesperado en el aparcamiento y unas punzadas subieron por mi cuello. Me despegué de Nick por encima de sus protestas entre dientes y busqué la fuente. Nick siguió mi mirada y nuestros ojos se posaron en un Pathfinder negro.

—Parece el coche de tu novio, —dijo—.

Definitivamente era el coche de Bart. No estaba en él, pero el movimiento que había visto venía de esa dirección.

—*Ex-especie-de-novio*, —dije—. Intenté no mover la cabeza mientras lanzaba miradas de pánico a lo largo y ancho. No lo vi. Tal vez estaba aquí por asuntos del restaurante. Una chica podía esperar.

Y entonces me di cuenta de que había olvidado preguntar por la hermana y el sobrino de Nick. Él iba a pensar que estaba completamente ensimismada. Haz que siga completamente ensimismada. Esperaba haber avanzado mucho desde los días en los que compraba en Neiman Marcus a la hora de comer y se bebía mi tiempo libre, pero incluso pensar en la antigua Katie me traía sentimientos de profunda humillación. Yo no sería ella.

Puse mi mano en su pecho. —¿Cómo está tu hermana? —le pregunté. —¿Están bien ella y el bebé?

Puso su mano sobre la mía y enroscó sus dedos alrededor de ella. —Está en el departamento de policía y un amigo mío la está ayudando con una orden de protección.

—¿Han atrapado a Derek?

—No, ya se había ido cuando llegó la policía. Mi amigo la está llevando a quedarse en un hotel hasta que llegue a casa.

—Me alegro. Derek suena aterrador.

— Sí, así es. Realmente es así.

—¿Necesitas estar allí, Nick? Lo dije porque lo necesitaba. Intenté sonar sincera.

Negó con la cabeza enérgicamente. —No, mi amigo lo tiene controlado. Necesito estar aquí. Levantó su teléfono y lo apagó. —Con un cartel de «No Molestar» en la puerta.

Miau. Hora de los orgasmos.

ONCE

NORTHSHORE, SAN MARCOS, USVI 22 DE ABRIL DE 2013

A la mañana siguiente, estaba en el punto en el que Nick prácticamente podía mirarme y yo tenía que añadir uno a mi total de carreras, y había perdido completamente la cuenta de en qué número estábamos.

Pedimos el servicio de habitaciones temprano (por alguna razón tenía un hambre voraz, Dios sabe por qué) y luego nos vestimos para el día. Tres hurras por la bolsa de «por si acaso». Nos lavamos los dientes uno al lado del otro en el baño y Nick sacó un frasco de crema hidratante Estee Lauder de las profundidades de su kit de rasurado. Se lo quité y levanté las cejas.

Se encogió de hombros. —Años de surfear sin protector solar.

—Es una marca un poco femenina, ¿no?

—Muéstrame dónde dice «sólo para mujeres». Me lo tendió para que lo viera. —El hecho de que sea un hombre no significa que no pueda usar lo bueno. Y hace una hora no me tratas como mujer.

Buen punto. —Aquí, déjame ponértelo.

Me paré nariz con nariz con él y masajé la loción en su cara. Sus ojos se cerraron. Besé cada sien, su nariz, su barbilla, su frente.

—Eres la mujer perfecta, lo sabes.

—Y sólo has tardado en darte cuenta.

Pasó su nariz por la mía al estilo esquimal y luego tomó una flor de hibisco del recipiente de la encimera del baño. Me alisó el cabello detrás de la oreja con una mano y deslizó el hibisco detrás de ella con la otra. El corazón me retumbó en los oídos. No quería salir nunca de aquella habitación, pero teníamos que irnos pronto. Nuestro plan era visitar a Annalise a la luz del día antes de almorzar en el imprescindible Pig Bar, donde los cerdos locales tragaban cerveza sin alcohol. Luego nos dirigiríamos al aeropuerto en el último segundo posible para llegar a tiempo a su vuelo de media tarde. Después de eso, no había plan, y no quería pensar en ello.

Nick volvió a la habitación y preparó su maleta mientras yo desdoblaba el *San Marcos Source* que había llegado con nuestro desayuno. El titular decía: “La policía dictamina que la muerte de Fortuna’s fue muy desafortunada”. Al parecer, teorizaban que Tarah Gant se había resbalado y se había golpeado la cabeza de alguna manera extraña cuando estaba cerrando las cosas la noche antes de que la encontrarán. Me encogí y seguí leyendo. —La familia de la Sra. Gant expresó su indignación por el rápido cierre del caso. «Algo no está bien en la forma en que murió Tarah. El padre de su bebé pelea con perros, trae a la gente equivocada alrededor. La policía ni siquiera lo interroga. Ella merece justicia». Bart Lassiter, chef ejecutivo y uno de los propietarios de Fortuna’s, declinó hacer comentarios más allá de desear a la familia y amigos de la Sra. Gant sus condolencias. La exagerada cita de la «familia» tenía a Jackie escrito por todas partes. Me alegré de desvincularme de toda la escena.

—¿Estás listo? —preguntó Nick.

Dejé caer el papel. ¿Dejar esta habitación, y a él? Nunca. Pero dije: “Lo estoy”.

Abrió la puerta y me arrastré hacia el sol, parpadeando como un topo. Caminamos hasta la camioneta y Nick tiró su bolsa en la parte trasera. Me subí al asiento del conductor, donde me esperaba una sorpresa: una sola rosa roja atada con una cinta blanca. La tomé y las afiladas espinas se clavaron en mi carne. —Ay, —dije mientras Nick se subía al lado del pasajero.

—¿Qué es?

Le tendí la flor y la tomó. —He tenido una visita. Encendí el coche.

—¿No cerraste las puertas? Bajó la ventanilla y la sacó, con la mandíbula desencajada.

¿Lo hice? Eso creía. Pero nunca le había dado las llaves a Bart. —No debo haberlo hecho.

—Cada vez me gusta menos Bart, —dijo Nick.

Me sentí culpable y un poco apenado por Bart. Romper es una mierda, y aún más si eres tú el que rompe.

Nick me tomó la mano. —Puedo entender que no quiera dejarte ir.

Sin embargo, yo deseaba que lo hiciera.

Hablamos todo el camino desde el Arrecife hasta Annalise, pasando por la casa de Ava (no estaba en casa) para recoger a Oso en el camino. Le conté a Nick más cosas sobre Annalise y el espíritu que me había atraído de mi antigua vida a esta nueva. —Dime la verdad. ¿Crees que estoy loca?

Me enrosqué el cabello alrededor del dedo y recordé cómo solía atascarme el dedo en él. La regañina de mi madre resonó en mi mente: “Si necesitas algo que hacer con tus manos, ponlas a trabajar, pero quítatelas del cabello, Katie Connell”. Desgraciadamente, no tenía ningún trabajo al que dedicar una de ellas.

Bueno, podría...

Pero incluso pensar en eso me hizo sonrojar.

La respuesta de Nick me sacó de la madriguera en la que había caído y me sorprendió. —No. Creo que hay más allá de lo que podemos captar con nuestros cinco sentidos. Quizá sea porque crecí cerca del agua. Te da la sensación de este increíble poder, de la existencia de cosas que no podemos ver. Me dio un apretón en la mano. —Como mini tornados en medio de la noche en un porche trasero. O sueños idénticos de lectores de palmas.

—Exactamente. Dios, amaba a ese hombre. Mientras subíamos por la carretera del centro de la isla, en las afueras de la ciudad, detuve el camión para dejar que una fila de escolares cruzara la carretera hacia su parada de autobús, una hilera de narcisos con camisas amarillas y faldas y pantalones cortos verdes. —Quiero saber más sobre tu negocio. ¿Cómo lo llamas?

—¿Recuerdas que te hablé de mi banda de la universidad?

—¿Las Mantarrayas?

—Sí. Llamé a la empresa «Investigaciones Mantarraya», como una operación de picadura y como un guiño al otro yo. A la gente parece gustarle y recordarlo.

—Eso es brillante. Una camioneta que pasaba me tocó la bocina. Era uno de mis contratistas. Le devolví el bocinazo como una lugareña.

—Gracias, —dijo Nick. —Mi trabajo hace uso intensivo de Internet (bueno, eso y el teléfono) y puedo hacerlo casi todo desde cualquier lugar. Mi asistente, LuLu, es de confianza y, lo que es mejor, le gusta que le confíen responsabilidades. Nuestras oficinas son modestas y tenemos pocos gastos generales, lo que ha sido clave. Ha hecho falta una cuidadosa planificación, pero está funcionando.

—Apuesto a que lo planeaste durante media eternidad, —dije, y le di un ligero puñetazo en el brazo.

—Oye, yo pienso bien las cosas. Cuando la situación exige acción, actúo.

—Sólo desearía que hubieras actuado un poco antes con respecto a nosotros.

—Bueno, me dijiste que era un chico tonto por pensar que estarías interesado en mí la última vez que te vi.

Arrugué la cara. —No creo que te haya llamado tonto, pero lo entiendo. Cambié de carril para evitar a un gallo que escoltaba a dos gallinas al otro lado de la carretera y tuve cuidado de evitar a las cabras que pastaban al otro lado.

Se rió y sacudió la cabeza. —Por desgracia, para mí hay una diferencia entre las emociones y las emergencias.

Para mí, no hay, pensé. Ah, bueno. —Ya estás aquí.

—Lo estoy. Y lo siento. Ojalá hubiera llegado antes.

Subimos el último tramo de la carretera sinuosa hacia Annalise. Las lianas de Tarzán colgaban de las ramas de los árboles que crecían sobre nosotros en un dosel cerrado. Las orejas de elefante trepaban por sus troncos. Las lianas golpeaban mi parabrisas en un loco solo de tambor mientras

conducíamos bajo ellas. Giré en la puerta y atravesamos un bosque de altísimos árboles de mango y guanábana con aguacates y papayas a su sombra. Las vides de la fruta de la pasión trepaban por los troncos de los árboles.

—Esto parece sacado de una película, —dijo Nick, moviendo la cabeza, con una sonrisa en los labios. Bajó la ventanilla y respiramos el aroma de las hojas de laurel y los mangos en fermentación. El olor era embriagador.

Subimos por el camino entre los brillantes parterres de crotons que había plantado la semana anterior. Los arbustos alternaban el naranja y el amarillo, luego el rosa y el verde, uno tras otro. En el centro de los parterres, junto a la ventana de la cocina, estaba mi nuevo platanero. Aparqué junto a la camioneta multicolor de Crazy, que estaba detrás del Jeep de Rashidi.

—Mira, —dije, señalando la base del árbol. Una iguana verde estaba allí masticando, como le había planteado.

—Eso es genial, —dijo Nick.

Nos bajamos de un salto, y también lo hizo Oso. Los otros perros se agruparon para inspeccionarlo. Crazy, también conocido como Grove o William Wingrove, estaba acechando detrás de sus trabajadores, lanzándoles improperios de una forma que ningún continental podría haber conseguido. Le grité un saludo y se acercó a nosotros. Si a Crazy le pareció extraño que yo estuviera de la mano con alguien nuevo, no dijo nada, lo cual agradecí. Hice las presentaciones.

Crazy se limpió la mano polvorienta en los vaqueros y la extendió. —Buenos días.

Nick estrechó la mano de Crazy. —Encantado de conocerle, señor.

Crazy negó con la cabeza. —Sólo la señora Wingrove me llama señor. Con Crazy bastará. Se volvió hacia mí. —Las barandillas van para arriba en los balcones hoy. Voy a terminar la cocina, también. Tres semanas, Sra. Katie, tres semanas.

—Gracias, Crazy. Eso es genial. Oye, no has visto mis llaves, ¿verdad? Puede que las haya perdido aquí anoche.

—No, pero les digo a los hombres. Todos las buscamos. Volvió a reprender a su tripulación.

En lugar de volver sobre nuestros pasos desde el recorrido a oscuras por la puerta lateral de la noche anterior, quise empezar con Nick en la parte delantera de la casa. Me pasó el brazo por los hombros y me apretó mientras nos dirigíamos hacia allí. Yo pasé mi brazo por su cintura. Encajamos tan perfectamente que me moví con cuidado para no romper la conexión. Permanecimos fundidos mientras subíamos los escalones de piedra y adoquín rojo.

La entrada principal era majestuosa, con puertas dobles de caoba tradicionales de la isla que había encargado a un carpintero local. Una ventana con marco de caoba a prueba de huracanes coronaba la entrada. Me detuve en el último escalón y me desprendí de los brazos de Nick para poder apretar la cara contra el pilar y respirar el aire. Los vientos alisios soplaban con fuerza desde el este y el porche bañado por el sol parecía casi frío. Nick se inclinó hacia mí desde atrás con los brazos levantados por encima de nuestras cabezas y apretó también sus manos y su cara contra el pilar.

—Es magnífica.

Ante sus palabras, sentí un zumbido insonoro. Annalise. Con suerte, eso significaba que sería una amiga comprensiva, en lugar de una amante celosa. —A ella también le gustas.

Nick giró su cara para que su boca tocara mi oído. —Me alegro. Muy, muy contento. La corriente de la casa estaba creciendo tan fuerte que mi cuerpo vibraba. —Puedo sentirla a través de ti, —susurró—.

Maldita sea.

—Señorita Katie, dónde quiere poner el... oh, no quería interrumpir, lo siento, —dijo Crazy, entrando por la puerta principal.

De mala gana, me despegué de entre el pilar y Nick. Estaba sin aliento y bastante seguro de que estaba sonrojado, pero estaba demasiado drogado por la experiencia como para preocuparme.

Crazy me miró fijamente y luego dijo: “No hay prisa. Hablo contigo más tarde”, y volvió a entrar en la casa.

Nick me levantó el cabello y me besó la nuca. —No creo que vaya a mirarte a los ojos en una semana.

Abrí la puerta y entramos en el vestíbulo. Nuestras voces riendo juntas llenaron el alto techo, haciendo un sonido totalmente nuevo, como un encantamiento. Sumar a Nick a la química con Annalise era mágico hasta el momento.

Le dirigí a la izquierda. —Oficina, con estupendas vistas. Nos dirigimos a la ventana sur para contemplar las ruinas de piedra del molino de azúcar durante unos minutos, hasta que le conduje por el otro lado del despacho hasta la siguiente habitación, un medio baño. —Orinal de invitado, sin orinal en verdad.

—Detalles, —dijo Nick, y guiñó un ojo. Volvimos a la habitación principal, pintada de un fresco color verde máscara de barro. Él sonrió. —Reconozco esta habitación. Era la habitación más completa de la casa, a excepción de la cocina. Nick se maravilló con el compacto baño. —Qué buen uso del espacio.

—No podía mover las paredes, así que hice lo mejor que pude con el espacio que tenía, —dije, de pie con las manos en el borde de mi amada bañera de hidromasaje con patas de garra de dos metros de largo. —La bañera era demasiado cara y ocupa demasiado espacio, pero me encanta, así que dejé todo muy abierto para compensarlo.

—Creo que fue una gran compra. Llena de posibilidades.

Yo mismo podía pensar en algunas, posibilidades que nunca se me habían ocurrido con Bart. ¿Pero Nick? Ay Caramba.

—Ven a ver mi armario, —le dije, y le tomé de la mano.

Había hecho un vestidor y un armario en un largo espacio rectangular que, curiosamente, estaba abierto a las ventanas a lo largo de un lado. Pronto instalaría cortinas. No sabía lo que el constructor original había planeado hacer con él, pero me gustaba la idea de elegir mi ropa con luz natural.

—¿Qué es este agujero? —preguntó, señalando la base de una esquina.

Me arrodillé para mirar. Un agujero de treinta centímetros cuadrados y siete centímetros de profundidad estropeaba la superficie de la pared. Parecía que alguien lo había cincelado con un destornillador. —Qué extraño. No tengo ni idea. Tendré que preguntarle a Crazy.

Me levanté y me quité el polvo de cemento de las rodillas. Salimos de la suite principal y me dirigí al centro de la gran sala e intenté pintar un cuadro de la Annalise original para él. —Salvo los techos de ciprés y caoba machihembrados, todo era de hormigón. Y muy sucio. Imagina un montón de caca. De caballo, de murciélago, de insecto, de todo.

—No puedo creer que hayas entrado aquí, y mucho menos que la hayas comprado.

Me reí. —Ha sido difícil a veces.

Miró por encima de mi hombro hacia la cocina, luego entró y tomó una caja de toallitas Clorox de la encimera de granito marrón y verde. —Sabía que las encontraría en algún lugar de aquí, Helena, —dijo—.

Helena, como en Helena de Troya. Sentí que mi corazón iba a explotar de felicidad.

—Atrapada, —dije, y luego, “Buenos días”, a los tres hombres que instalaban mis nuevos electrodomésticos de acero inoxidable. En las islas, es costumbre saludar al entrar en una habitación, o incluso en un edificio.

—Buenos días, señorita, —respondieron a coro.

—Suenas como una chica de la isla, —dijo Nick.

—Si, amigo, —respondí. —Salvo que Rashidi y Ava discreparían. Me coloqué en el centro de la acción en la cocina admirando el congelador. —Se ve muy bien, chicos, —dije—.

—Gracias, señorita. Estamos trabajando duro, así que dile a Crazy, ahora, —dijo uno.

—Lo haré, Egg. Me gustaba mucho Egbert. Había sido el único punto positivo de trabajar con mi contratista original, Junior, al que había tenido que despedir después de menos de una semana. Por suerte, Crazy eligió a Egg para su equipo. Desgraciadamente, Junior seguía diciendo que le debía dinero. Yo no estaba de acuerdo.

Nick giró en círculo, observando los detalles de los armarios de cerezo y los huecos donde pronto se instalarían los electrodomésticos. Se detuvo. —Quiero ponerle las manos encima. Quiero formar parte de esto.

Los celos me tiraron cuando me di cuenta de que se refería a Annalise. —Queremos dejarte. Me refería a ella y a mí. —Ella fue abandonada, ya sabes. Su antiguo dueño está en la cárcel. Creo que ahora le gusta toda la atención.

Le mostré a Nick mi sala de música, una pequeña habitación en la esquina delantera de la casa, cerca de la cocina. Tenía el tamaño perfecto para el piano de mi abuela y algunos instrumentos más, un par de soportes de micrófono y algunos equipos de sonido. La había pintado de color aguamarina y las ventanas le daban una abundante luz matinal del este. Las altas y estrechas ventanas de la catedral se alineaban en dos lados de la habitación y un gran árbol extravagante justo delante de las ventanas delanteras daba sombra. La flor del pavo real era el mejor árbol del patio, y la vista por la ventana era a través de sus hojas y frondas de color rosa anaranjado hacia el valle más allá. Ava y yo habíamos probado la acústica de la habitación y la encontramos perfecta. Podía imaginarnos a Nick y a mí allí, con los instrumentos a nuestro alrededor, la música y las letras escritas a mano en un bloc amarillo delante de nosotros.

—Tienes espacio para mi soporte de bajo en esta esquina, —dijo—. Podríamos escribir algo de música juntos, ya sabes. ¿Eres bueno con las letras? Porque yo no tengo remedio.

Ahora sí que mi corazón explotó, disparando millones de chispas que se convirtieron en mariposas amarillas que descendieron en círculos perezosos en mi estómago. Le rodeé con mis brazos.

—¿Eso fue un abrazo o un empujón?

—Ambas cosas. Tengo que asegurarme de que no huyas.

—No pienso hacerlo. Me abrazó aún más fuerte, pero no me quejé. Esto es lo que quería decir John Mellenkamp, pensé. Duele mucho, de verdad. Pero la cosa mejoró cuando Nick dijo: “Ni siquiera puedo decirte cómo me sorprende todo esto, cómo me sorprendes. Puedo ver la marca de ti en todas partes aquí. Y no es sólo eso, Katie. Puedo ver lo que has hecho contigo. Siempre he sentido algo por ti, lo sabes”, de lo que nunca había estado seguro, pero me alegró mucho oírlo, “pero aun así, me has sorprendido. En el buen sentido”.

No tenía palabras. Sólo traté de no llorar mientras decía: “Gracias”.

—De nada.

Lo absorbí, el escenario, nuestra conexión, el universo que se extendía a nuestro alrededor, y la sensación de mi corazón tan grande y boyante que flotaba sobre nosotros como el sol. Fue bastante maravilloso. El primer día del resto de nuestras vidas. Inspiré con los ojos cerrados, memorizando el momento, y recé para que nada viniera a estropearlo.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.